



SOCIEDAD BOLIVIANA DE ESCRITORES

ALBERTO CRESPO RODAS

“Distinción José Santos Vargas”
1998

JUAN ALBARRACIN MILLAN
—Primer Aniversario de la Sociedad—

*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz - Bolivia

INDICE

Presentación.....		
Capítulo I	EL ESCRITOR Y LA NACIÓN.....	10
	-El legado de los escritores del siglo XX. -La urdimbre cultural. -Recuerdos de infancia. -Laramcota: la pequeña mina pobre de estaño. -Cuando llega el momento de revisar la vida. -Era el despertar. -El destino como circunstancias de las que es imposible escapar. -Desplazamientos literarios.	
Capítulo II	ETAPAS DE SU TRABAJO LITERARIO.....	9
	-Knut Hamsun en PAN. -Del “Diario de Satanás” al “Diario” de la vida común. -Los poetas malditos. -Artur Rimabaud. -Charles Baudelaire. -Stephane Mallarmé. -Franz Kafka. -Marcel Proust: sus personajes me acompañaron toda la vida. -André Malraux: escritor y combatiente. -A la sombra de Jean Paul Sartre.	
Capítulo III	AL ENCUENTRO DE LA LITERATURA BOLIVIANA.....	14
	-Raúl Botelho Gosálvez: Borrachera Verde. -Amigo para conversar y beber: Augusto Guzmán Céspedes. -Arguedas: ¿historiador positivista? -La bohemia: Alberto de Villegas? -Los recónditos páramos de Bolivia. -Un flash de minutos con Tamayo. -Cercos de Penumbra: pienso que Cerruto no ha muerto. -Una difícil amistad con Gunnar Mendoza.	
Capítulo IV	BREVE TRAYECTORIA DE SUS ACTIVIDADES POLÍTICAS.....	21
	-De la soledad de la vida adolescente a los amigos de la cultura. -Con los escritores republicanos de España. -El Congreso de Izquierdas de Oruro.	

- La lucha contra el fascismo.
- Lecturas marxistas de juventud.
- Trotsky: atrajo siempre mis admiraciones.
- Un encuentro en la clandestinidad con la Haya de la Torre.
- Shakespeare, Cervantes y Homero.

Capítulo V	LA CRISIS CULTURAL DE LOS AÑOS 50.....	27
	-La gran crisis cultural del siglo XX. -Lecturas marxistas de juventud. -El golpismo palaciego, la oligarquía terrateniente, la rosca minera. -La decadencia de mi patria. -Los que nos derrotaron fueron unos oportunistas.	
Capítulo VI	AÑOS DE CRITICA Y DE ANGUSTIA.....	31
	-¿Qué me impulsó a trasladar al papel mis recuerdos? -En Bolivia no se escriben Memorias. -La obsesión de la muerte. -¿Qué se debe retener en las Memorias? -El azar y las circunstancias. -El azar en la vida de Crespo Rodas. -Su obra en la universidad.	
Capítulo VII	LOS LIBROS DE CRESPO Y LO QUE PIENSA DE ELLOS.....	35
	-La guerra entre vicuñas y vascongados. -El Corregimiento de La Paz, 1548 y 1600. -De la vida cotidiana a la cotidianidad de la historia. -Los negros en Bolivia. -El vacío de la revolución nacional en Tiempo Contado. -Los exiliados bolivianos del siglo XIX. -Lo que Crespo piensa de sus libros.	
Capítulo VIII	UNA OBRA QUE AUN NO HA CONCLUIDO.....	43
	- Toda la vida resumida en un solo libro. -Lo que se espera del nuevo período.	
Bibliografía		44

“Hace veinte años que comencé a escribir fragmentos coherentes de mis sueños, de las visiones que me asedian cuando estoy indefenso, con la conciencia dormida, en medio de situaciones que no puedo afrontar porque la voluntad se desvanece y me hallo a merced de designios inexorables y de hechos que no puedo modificar.

“Releer ese “diario” es como hundirme en mi mismo”

Alberto Crespo Rodas
“Tiempo Contado”
1997

PRESENTACIÓN

La Sociedad Boliviana de Escritores entrega hoy a Alberto Rodas Crespo, la "Distinción José Santos Vargas 1998", consistente en la edición de un libro dedicado al estudio de su obra como reconocimiento a su personalidad de escritor y a la ejemplaridad de su reconocida dignidad intelectual.

Por primera vez en la historia de la cultura nacional SOBODE se sintió comprometida a celebrar el éxito de un escritor que ha entregado fecundos años de su vida al desarrollo de las letras nacionales con ardimientos culturales que le honran.

Se conviene que éste no es un acto de homenaje académico, ni un premio convencional que se le da, sino de una justa y alta distinción por el noble rol que cumple en el país como exponente del pensamiento boliviano de nuestro tiempo. Por esta razón no se le hace aquí, entrega de ninguna joya, medalla o pergamino, sinó, lo que le honrará mejor, un libro publicado, consagrado a realzar su pensamiento y su vida, trabajo salido de la misma Sociedad, obra que habla de su contribución Intelectual al progreso de la sociedad boliviana del siglo XX.

La historia más limpia que la nación puede ofrecer a sus contemporáneos no es la que sale del tumulto de circunstancias secundarias y accidentales que envuelven las cosas ni de las banalidades burocráticas propias de los años vacíos de contenido real. La historia verdadera es la que brota del parto de sangre y espíritu que alumbró la vida con las revoluciones del pensamiento a través de la ciencia, la técnica, el arte y la filosofía.

No son muchos los bolivianos que conocen la trayectoria dramática que ha tenido la vida de Alberto Crespo Rodas en nuestro siglo. Espíritu resuelto en las jornadas de su juventud batalladora, mantuvo serenidad de espíritu en el largo exilio soportado a causa de sus convicciones, vive hoy, con proyectos loables en los años maduros de su trabajo de historiador.

Esta obra, motivada por la distinción que SOBODE le confiere, servirá para llevar a conocimiento del país, la viva transparencia humana de una personalidad substancial en la trayectoria cultural de nuestro siglo.

No se ensaya aquí una biografía de este escritor aunque concurren en él, no pocos elementos biográficos. Tampoco se diseña un estudio de sus contribuciones al desarrollo principal de la cultura y el pensamiento del país. Nuestra celebrada distinción de su obra responde al deber de relieves conceptualmente aquellos rasgos vivos, tomados en cuenta, para enaltecer el ascendiente moral e intelectual que tiene Alberto Crespo Rodas en el nivel más alto de la cultura y la sociedad bolivianas, en nuestros conmovidos días de fin de siglo.

La Paz, Abril de 1998

PRIMERA PARTE

EL ESCRITOR Y LA NACIÓN

- El legado de los escritores del siglo XX.
- La urdimbre cultural.
- Laramcota: la pequeña mina de estaño.
- Cuando llega el momento de revisar la vida.
- Era el despertar.
- El destino como circunstancias de la que es imposible escapar.
- Desplazamientos literarios.

Cada libro es una confesión
ILIA EHREMBURG
"Hombres, Años, Vidas"
1948

EL LEGADO DE LOS ESCRITORES DEL SIGLO XX

Las pesadas compuertas que resistieron, sórdidamente, a los embates sociales y económicos del siglo XIX, se desplomaron, finalmente, ante el empuje de las furias sangrientas de la guerra civil que sacudieron al país, entre 1898 y 1899, haciendo de antesala a la trágica "polonización" de Bolivia que aterrorizó a la república durante décadas con las terribles desmembraciones territoriales que llegaron, al despuntar el nuevo siglo.

Desde entonces, sobre su dolido cuerpo histórico, Bolivia se vio expuesta a las arremetidas internacionales, militares y diplomáticas, que le causaron a la larga, la pérdida de inmensas regiones territoriales en su accidentada periferia nacional. Con el camino extraviado al ingresar en el siglo XX, llegó bajo este signo letal, la proscripción de la soberanía marítima y con ella, las restricciones a su comercio internacional, exponiendo al país a graves penurias surgidas del enclaustramiento y al implacable yugo de la mediterraneidad.

Al tocar, a medio siglo, la médula económica de la república, la pavorosa agresión financiera de la gran minería del estaño, convertida con el patifnismo en superestado minero, este superpoder casi acaba con la existencia autónoma del Estado, dramáticamente patentizado con la frustrada Misión Keenleyside, creada por la ONU, para administrar a la nación en lo que se del llamó, la primera experiencia internacional, de esta naturaleza, que confrontaba esta organización.

Pasado, con angustias, este primer medio siglo, caía sobre el país lo inevitable, el largo sacrificio político que se llamó la "revolución nacional" que hizo agonizar al Estado durante toda la segunda mitad del siglo XX en el pantano de sus desventuradas promesas desvirtuadas, para terminar, finalmente, esta vía crucis a la boliviana, ante los fantasmas de la regresión política, la corrupción estatal y la intermitente amenaza de su insostenibilidad institucional. Inmenso ha sido el padecimiento que cargó el pueblo a lo largo de este siglo que, de este modo, quedó marcado, para siempre, con el signo de la adversidad sufrida entre una permanente incertidumbre del presente y la desesperación colectiva ante el futuro. El infortunio vivido, duramente enfrentado en el pasado, sólo podría ser redimido hoy, si con él, la nación hace conciencia de la amarga experiencia soportada.

Habiendo resistido la república esta trayectoria hecha de sobresaltos y pesares, al país le queda sobreponerse a las ruinas que se mantienen como saldo de este siglo desafortunado, pero también, fundamentalmente, le toca acabar con la falacia de las teorías que la consienten como justificación de este siglo de inacabables problemas. Al término de este siglo, emergiendo desde las heridas centenarias, a Sobode le queda, como legítimo legatario, profundizar en la escuela de acción y pensamiento que han dejado Manuel Vicente Ballivián, Alcides Arguedas, Ricardo Jaimes Freyre, Jaime Mendoza, José Antonio Arze, Marcelo Quiroga Santa Cruz y otros desvelados escritores que desafiaron al sino fatal del atraso, herencia cultural que el nuevo siglo debe convertir en faro de orientaciones nacionales frente a un pasado amargo que aún no está sepultado, definitivamente. Aunque estos escritores no participaron de una misma orientación ideológica, sus virtudes humanas y su espíritu de lucha deben servir de ejemplo para sostener el ser nacional boliviano.

DE LA MATRIZ NACIONAL A LA URDIMBRE CULTURAL

La innegable matriz nacional que ha sostenido el espíritu de este siglo, se encuentra presente, en mucho, en la urdimbre íntima de los escritores más sinceros que tuvo el país como se puede constatar en Armando Chirveches, Gustavo Adolfo Navarro, Alberto Ostría Gutiérrez, Sergio Almaráz, René Zavaleta. En los escritores se reproduce el alma nacional en toda su tragedia y en toda su grandeza. Al finalizar el siglo debemos hablar, ahora, del autor de "Tiempo Contado" (1986) y de los "Exiliados Bolivianos del siglo XIX. (1997), cuya vida y obra enaltecemos en este primer aniversario de SOBODE, con la "Distinción José Santos Vargas", Comandante de la guerrilla de la Independencia en la Republiqueta de Sicasica-Ayopaya, la máxima condecoración que la Sociedad Boliviana de Escritores tiene creada para reconocer la personalidad de los escritores que hacen honor a la cultura boliviana. Se confiere hoy esta distinción al escritor Alberto Crespo Rodas como reconocimiento al hombre de mayor personalidad nacional por su obra cultural y su vida ejemplar.

RECUERDOS DE INFANCIA

Alberto Crespo Rodas nació en cuna paceña el año 1917. Sus padres pertenecían a la clase media culta de la Paz. Luis S. Crespo, el padre, era un distinguido escritor liberal. Crespo Rodas dice de él: Era capaz de soportar cualquier penuria antes de pedir algo a los demás. Sara Rodas, madre del historiador, según los recuerdos de éste, tenía una vida cuyas mayores satisfacciones y preocupaciones eran las que le daban sus hijos. El destino de ellos confería la totalidad de significado a su existencia. Los uniformes del colegio, el plato de comida llevada a la prisión, el orgullo del libro publicado". (T.C. p. 221).

Con el triunfo de los republicanos de Saavedra en el golpe palaciego del año 20, vinieron los años difíciles. El padre quedó cesante y el hogar se tambaleaba. "Pocos son los que le ayudan a uno", recordaba Crespo. Desde esta posición familiar pudo decir después que le tocó vivir las circunstancias más significativas en sus primeros años de vida. Los recuerdos de la infancia, mantenidos siempre vivos, fueron los que maduraron su conciencia a muy temprana edad.

La familia, afectada por el suceso político producido, tuvo que cambiar de lugar, saliendo del anterior hogar formado con el matrimonio, a otro que, para entonces, quedaba un tanto alejado del centro de la ciudad, por San Jorge, donde el semiacaudalado paceño Fermín Cusicanqui, poseía una casa solariega. Este le había confiado la administración de sus bienes, proporcionándole una vivienda construida casi al centro de esta propiedad, constituida por un "grupo de cuartos". El lugar se llamaba "El Paraíso". La imagen que de este lugar dejó escrita Crespo Rodas, no está tomada de ningún diario llevado sino de las impresiones de Infancia año que tuvo al cambiarse allí. En los grandes trazos que se dan en sus memorias no se ve ninguna emotividad propia de los años tempranos vividos. La reconstrucción literaria es muy reciente. En ella se ve la influencia de Proust que fue su confidente. Dice de la ciudad de La Paz, en este sentido, que tenía dos mundos, dos "territorios". Uno, el de las calles por donde debíamos sus caminar con las demás gentes, la casa, el colegio...; el otro, comenzaba en el confín de la ciudad... Así como aquél mundo era de todos y de cualquiera, este otro era completamente nuestro". Actor de los cambios producidos en este lugar, Crespo Rodas advierte, en el carácter de su madre, una "callada tenacidad" con las necesidades del hogar. Tuvo que salir de la casa a trabajar para que sus dos hijos siguieran sus estudios en el colegio, La percepción de desánimo que deja entrever el colegial se muestra en esta frase: "No recuerdo cuanto tiempo vivimos allí". No fueron, en verdad, muchos años, pero su sentencioso significado lo aclara todo. "Era como si no hubiera en el mundo otro sitio para nosotros". Parece que "El Paraíso" sólo fue tal, de nombre.

En la pequeña ciudad de la Paz de estos años, no podía haber grandes inquietudes ni aventuras fantásticas. La vida tribalizada que se llevaba en los colegios no daba lugar a aventuras, ni grandes ni pequeñas, para alegrar el desarrollo de la infancia. No era una verdad que había que averiguar, sino una verdad que se respiraba, saber que todo el ciclo de la secundaria, acabaría en el bachillerato. Terminar los estudios medios era así, acabar con el cansancio casi, rural que se sentía. No lo confiesa expresamente, pero estaba presente en todo lo que respiraba. Lo sustancioso estaba en lo que se aprendía en la casa, en la observación del padre, las cualidades de bondad de la madre, el hermano. Al concluir la vida en el colegio, surgieron los primeros desbrozamientos de la reflexión autocrítica. Alberto anota que su hermano está siempre arriba de su libreta, con las mejores notas y altas calificaciones. Pero, no le importaba mucho, porque tenía la satisfacción de tener una vida interior reconfortable. Confiesa que pasaba malos momentos en el colegio a causa de sus notas y a su poca afición a las lecturas, pero sabía observar —esa era su recompensa— las cosas de la vida. En el balance de estos años, por malos que estos fueran, encuentra que no debe ocultarse a sí mismo sus pesares y que había que salir a la vida para enfrentarse con verdades.

Desde temprana edad Alberto empieza a distinguir lo que la vida tiene de pasajero y frágil, al paso de los días y lo que guarda de permanente, en el trasfondo de los sucesos. Cuando en 1986 publica "Tiempo Contado", puede verse vigente esta enseñanza: ver lo duradero de la vida sin dejar de reparar lo que sólo puede ser la cubierta circunstancial de cada momento.

LARAMCOTA: LA PEQUEÑA MINA POBRE DE ESTAÑO.

Al obtener su bachillerato a sus 18 años de edad, Alberto Crespo vió que nada promisorio le retenía para seguir viviendo en la ciudad. Su adolescencia había concluido haciéndose intrascendente. Vió, entonces, la necesidad de cambiar de escenario, cegar la luz opalescente de estos días y marcharse en busca de otros lugares que calmen sus inquietudes de desasociado. Con esta resolución un día abandonaba la ciudad para instalarse en Laramcota, un pequeño asiento minero que, entonces, nadie parecía conocer, porque la minería deslumbrante del estaño en el departamento de La Paz se encontraba en Quimza Cruz, Araca, Caracoles, Colquiri, Monteblanco, Chojñacota y otras famosas empresas mineras que trabajaban incansablemente, en las alturas de la cordillera oriental. Laramcota era sólo un sitio frío y casi nada poblado que se agazapaba en una dura oquedad de la montaña, pero que, empero, podía despachar 80 quintales de barrilla mensualmente, hasta Eucaliptus, sobre el camino de Oruro, rumbo a la costa del Pacífico. La solemne fantasmagoría del paisaje que particularizaba a Laramcota, lo despertó a una realidad que hasta entonces había ignorado. El campamento, muy pobre, sólo contaba con unas cuantas chozas hechas de barro y paja, observó Crespo. En muchos kilómetros a la redonda del campamento no se veía un alma. Alberto, vivió allí solitario, un tiempo. ¿Qué lo llevó a este paraje, a edad tan temprana cuando la vida debía depararle experiencias propias de su edad? En la ciudad me veía invadido, había reconocido, de un romanticismo enfermizo del que quería curarme abandonando todo contacto con la ciudad. Encontrar un lugar ajeno para enfrentarme a mí mismo y verme de cara a mí propio existir, tal habría sido su decisión.

La gran minería transnacional del estaño vivía ya la época de gloria de su imperio. Hasta las minas de Uncía, Huanuni, Llallagua, Potosí, diariamente llegaban numerosos grupos en avalanchas de hombres contratados para el trabajo minero. Es obvio ver que Crespo. Rodas no tuvo problemas de desempleo o necesidad perentoria de trabajar en la mina. Lo que buscaba, según su confesión, era paz interior, probablemente, lo consiguió al conjuro de las muchas pesadillas que debió sufrir en la desolada mina. Lo que después pensó de Laramcota es reflexivo y poco tiene que ver con la literatura que condenó como causa de su desasociado. "Una pobre mina —analiza— cuyas vetas eran escarbadas por métodos rudimentarios, sin ninguna maquinaria y un ingenio primitivo con un molino, un "budgle" y dos mesas vibratorias. Cada semana salía el camión cargado de unos 80 quintales de barrilla hacia la estación del ferrocarril de Eucaliptus". La desazón adolescente dejó abierto el paso a la soledad andina meditada a la luz de una vela encendida alumbrando la celda del campamento minero.

La reacción nacida entre la ciudad de La Paz, a la que tenía que volver y la mina que lo tenía encerrado en el campamento, fue muy fuerte. En la mina todos trabajaban; ¿en qué trabajo el adolescente Alberto Crespo durante el tiempo que estuvo en Laramcota? ¿Cómo recibió la nueva realidad con la fantasía de sus, al parecer, intensas lecturas?

Hasta el campamento le llegaron, a este lector ávido, no pocas novelas. Sus títulos los recordó, siempre, todo el tiempo. Leía "Pan" del noruego, premio Nobel de literatura, Knut Hamsun; "Diario Intimo" de Enrique Federico Amiel; un estudio de Gregorio Marañón sobre la timidez y otros más. Lo extraño es que no haya nada de la literatura francesa clásica, la gran novela rusa y obviamente, la literatura boliviana. No se encuentran por esta causa, Dickens, Gorky, Flaubert. Zola, Arguedas, Chirveches ni Mendoza. Estos fueron los desolados comienzos de la vida de un lector asiduo que llegará a escritor, algunos años después.

El ambiente de la familia era intelectual; ésto le favoreció a Alberto. Luis S. Crespo (8-XI-1872/11-XI-1935), autor de numerosos libros y escritor muy relacionado con la cultura paceña, desde comienzos de siglo, disponía de una biblioteca familiar bien provista. El que éste participara de las actividades de la Federación Obrera Sindical de La Paz, importante órgano de representación de los gremios, no fue un caso excepcional. Los liberales —y, como ya lo dijimos, el padre de Alberto era miembro de este partido— estaban muy vinculados, en estos años, con los gremios. Luis S. Crespo fue fundador de la Universidad Popular y Miembro de la Sociedad Geográfica de La Paz, a la que llamé en alguno de mis libros, la "pequeña academia de la cultura boliviana"; esta situación le daba un relieve intelectual alto, como para dudar que se estaba dando un caso de deserción ideológica. Las vinculaciones de los gremios con Luis S. Crespo, fueron normales dentro del marco liberal de la política dominante.

No se sabe cuánto tiempo vivió en Laramcota, pero es probable que haya sido por un tiempo breve, porque a continuación aparece cursando derecho en la universidad. El intimismo de Amiel y el naturalismo literario de Hamsun siguieron influyendo sobre su pensamiento, pero nuevas lecturas vinieron a acompañarlo, después; aparecen, no se sabe por dónde ni cómo, los "poetas malditos" que estudia, en su libro, Paul Verlaine; particularmente, Crespo cita a Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé; asomó por este tiempo Leónidas Andreiev con su "Diario de Satanás", lecturas que después se hicieron mayores cuando asoman a su juventud, sus flamantes amigos, Ricardo Bonel, Luis Ballón, Guillermo Soria, Alfredo Otero y otros, todos ellos, militantes del Partido de la Izquierda Revolucionaria después. Eran años de transición donde se podía seguir leyendo a Amiel y aproximarse, a la vez, a la izquierda.

CUANDO LLEGA EL MOMENTO DE REVISAR LA VIDA.

Para ser válida la autocrítica, ésta tiene que ser dialéctica. La autocrítica no es una función practicable con anterioridad a la crítica, sino su consecuencia, si se la profundiza a través de la auto-conciencia. Ella aparece cuando la lógica formal externa se transforma en lógica-dialéctica, Encerrado en sí mismo, con Amiel como guía, Crespo no tardó demasiado, no obstante el maestro, en hacerse preguntas que llegaron al grado de las reflexiones iniciales. Escuchémosle hablando de sí mismo. "Algún día llega el momento de revisar la vida". No se puede revisar la vida sin mirar antes atrás. La otra pregunta que se hace Crespo es ésta: "¿De dónde salió esa ánsia que quemó los años de mi niñez y que excluyó a todas las demás?". La respuesta no estaba en la condena del romanticismo enfermizo del que habló en la víspera de marcharse a Laramcota. Otro fue, después, el sentido de su queja. "Me había sumergido en los libros para apoderarme —escribe— de ajenas imaginaciones", ¿Una referencia a Hamsun, quizás? Es probable, Pero, sigamos con algunas de sus evocaciones. "Especté a vida de personajes nacidos de la ficción de otros hombres. Compartí miserablemente emociones que no eran mías". ¿ La revisión de su vida era ésta? "Mis lágrimas sólo corrieron por la pena de relatos extraños"... (T.C. p. 38). Mirándose en el espejo de estas retrovisiones llegó a esta nada satisfactoria conclusión: "Fui: como una página en blanco en la que otros escribieron su nombre y su historia". (T.C" p. 38). Contra esto es que había que reaccionar.

Esta autocrítica nació, con todos sus resultados, después de su vida áspera en la mina Laramcota.

ERA EL DESPERTAR.

La aleccionadora visión de verse repentinamente como una hoja en blanco, fue el anuncio veraz de la temprana formación de su conciencia. Era el despertar crítico ante una presencia renovada de la geografía, la sociedad y de la vida, de la que antes nada conocía. Este fue, entre otros motivos el despertar.

Encontrándose, por estos años, según refiere, en un puerto de la costa del Pacífico, con un boleto de viaje en la mano para iniciar una travesía en barco, hacia alguna parte que no conocía, recuerda que, de pronto, resolvió cancelar el viaje para retornar al terruño; sentía —dice— el llamado del telos y la magia espiritual que tienen las montañas. Comprendí, en este momento, que no tenía a que apelar fuera de mi propia atmósfera telúrica. Volví a la meseta, recuerda, a ese "océano inmóvil de soledad y de silencio". (T.C.,p. 38). ¿Angustia social arguediana, desesperación telúrica mendocina o angustia interior palzaciana?; ¿qué había en esta fuerza que gravitó interiormente impidiendo este viaje fuera del país? Crespo Rodas, sí que lo supo, pero lo dejó sin confesión.

Desde entonces, pasó por todas las lecturas que encontraba a la mano, particularmente por aquellas que la época obligaba a leer siguiendo el ritmo común que tenía la inquietud de los compañeros. Al calor de estas motivaciones, la "pandilla de chicos de San Pedro" se fueron transformando en compañeros con intensa intimidad de aventura. Con este calor dieron lugar a los "Amigos de la Cultura", en 1936, organización transitoria de barrio donde se charlaba, discutía, reía y bebía. Debí ser estrecha la amistad y grandes los propósitos, durante estos años, cuando Crespo Rodas, recordando vívamente las promesas que se hacían, habla de "nuestra inconfesable ambición de ser escritores" (T. C., p. 43). El año 39 se gestaba en Bolivia la más grande expresión que tuvo la izquierda: la creación del PIR, convertido en hogar común de estos.

Crespo no volteó nunca la mirada hacia atrás; los amigos en cambio, se olvidaron del compromiso contraído en horas tan optimistas. "Siempre pensé —escribe comentando el hecho— que mis amigos darían algo en la vida. Pero no lo hicieron. Yo me atuve a mis condiciones reales, transigí con ellas y me contenté con la artesanía de la historia" (T .C. p. 43).

El juicio surge del balance que tuvo analizado. Hay un cierto reproche en éste, cuando luego se añade: "Si uno no está dotado de un incontrastable talento creador, debe limitarse a sus posibilidades". Los amigos que recuerda aquí, sin nombrarlos, fueron todos miembros principales del PIR después de 1940 y militantes importantes del partido comunista a partir de 1950. Ricardo Bonel fue primer secretario del P.C.B., sucediendo a Jorge Ovando en esta secretaría.

EL DESTINO COMO CONJUNTO DE CIRCUNSTANCIAS DE LAS QUE ES IMPOSIBLE ESCAPAR.

Del escombros de papeles y apilamiento de documentos de archivo reunidos en los depósitos de la Cancillería, no salieron los libros que esperaba conocerse, salvo algunas contadas excepciones: "Una Obra y un Destino" de Alberto Ostria Gutiérrez; algún libro de Luis Fernando Guachalla como "Misión en el Paraguay" y quizás alguno que otro libro más, de una bibliografía reducida existente. Humberto Palza llegó a escribir en Nueva York. El Hombre como Método", un penetrante estudio filosófico elaborado siguiendo a Spengler, Keyserling, Scheller. Palza supo sacar desde la hojarasca de los documentos archivados su pensamiento sobre el hombre boliviano de esta época de liberales, republicanos y nacionalistas en los caducados regímenes de Ismael Montes, Bautista Saavedra y Víctor Paz Estenssoro.

Visto el pasado a cierta distancia, como sucedió con Palza, el callado analista de la vieja sociedad en la que vivió —y al parecer padeció—, lo que se buscó era cauterizar las heridas que no podían cerrarse por sí mismas y criticar lo que parecía que no podía corregirse; Crespo Rodas como Palza, parece encontrarse más sobre el silencio del escritor que caminando por las calles de la política. Pero, no fue así. Palza miraba la realidad a través de la diplomacia enclaustrada y, muy poco, por la visión directa de las experiencias diarias. Por esta razón hasta 1952 piensa con los demás. Pero, mirando con Crespo al país, captando su pensamiento por dentro, en su intimidad, se puede encontrar, aunque con muchos años de retraso, confesiones como éstas: .Me ha tocado vivir las circunstancias más significativas de la vida colectiva de los bolivianos, es decir, de esas formas de existencia de las que es imposible escapar, como si formaran un destino" (T. C. p. 205).

DESPLAZAMIENTOS LITERARIOS.

El sino intransferible que invoca Crespo, como algo muy personal, es, sin embargo, parte del destino vivido en el irremplazable terruño natal. Tiene, así, a sus espaldas, el ejemplo cercano de su padre, liberal caído, pero orgulloso; por delante, al valeroso pero frustrado Partido de la Izquierda Revolucionaria y, por todas partes, a sus denodados proyectos, creados casi al trote, como él mismo los definió.

El altiplano siempre estuvo lejos de Buenos Aires, Lima, Santiago y Río de Janeiro. Como sucedió con la mayor parte de sus contemporáneos, sus lecturas venían con los libros que los editores de Buenos Aires enviaban a Bolivia. Eran los libros disponibles, puestos en los escaparates de las pequeñas librerías existentes al alcance de los que quisieran comprarlos. La Editorial TOR editaba "Los Miserables" de Víctor Hugo; "El Conde de Montecristo" de Alejandro Dumas; muchas novelas de Hamsun, Dickens, France. Pero, no son éstas las que Crespo lee. Este parece escoger sus propios libros. Entre sus preferidos se encuentran las obras de Knut Hamsun, autor de "relatos extraños"; Amiel que lo retiene para marcar ideas en su alma como en una "página en blanco"; llegarán después Marcel Proust con su larguísima novela con búsquedas del "tiempo perdido"; Jean Paul Sartre con la "Náusea", su primera obra de juventud, Alberto Camus, Paul Claudel y André Malraux. Estos nombres no están mencionados sólo enunciativamente. Entre los que lee están también poetas como Shakespeare o los primeros historiadores griegos. Estos hacen de ejes de su mundo lleno de lecturas. Empero, ¿qué buscaba Crespo en Amiel?, ¿cuales fueron las huellas que dejaron ver su influencia? ¿Acaso, aquella sumersión en la intimidad huraña que sobrevalió su vida interior y distanció al espíritu del "enojoso" mundo exterior? ¿Era una búsqueda del enriquecimiento

interno, opuesto a las banalidades de las cosas que rodean la vida cotidianamente? Insistente fue la fijación del interés en el universo del "Diario Intimo". Todavía había amielismo en el comentario que hace de Proust, a propósito de "En busca del tiempo perdido". "Proust, ha dicho Crespo, nos hace dar cuenta de la existencia en dos planos del tiempo; el externo que pertenece a uno, pero también, a los demás, y tiene plazos fatales, porque es el tiempo lineal del reloj y el calendario, que pertenece a la historia y es irreversible... y, el otro tiempo, distinto, interior, personal, que no tiene medida. Puede ser acortado o alargado, perdido o recobrado, que es el tiempo del recuerdo".

Crespo tuvo en estos años lecturas privilegiadas: Rousseau, Hegel, Sartre, Camus, Faulkner, Malraux, que no aparecen, en sus memorias, como debieran, pero están presentes en sus ideas.

SEGUNDA PARTE

ETAPAS DE SU TRABAJO LITERARIO

- Knut Hamsun.
- El intimismo de Amiel.
- Los poetas malditos:
Artur Rimbaud
Charles Baudelaire
Estefano Mallarmé
- Franz Kafka.
- Marcel Proust.

« El hombre cava oscuros socavones como
madrigueras de gusano, robando lentamente
el tesoro; piñas de plata son el llanto de la
montaña »...

ALBERTO DE VILLEGAS
"La Campana de Plata"
1925

CON KNUT HAMSUN.

En alguna parte perdida de mis trabajos dije un día de Crespo Rodas que en él había un literato escondido, un historiador vigilante y un pensador meditando. Puedo completar ahora este juicio con nuevas aportaciones.

El literato vive inmerso en las largas horas de lecturas desveladas y de meditadas transfiguraciones éticas que dieron lugar a las páginas de su "Tiempo Contado", cuyos escritos están matizados de toques estéticos y literarios.

Al historiador que hay en sus obras se lo encuentra en el ambiente de trabajo de sus incontables días de investigaciones sistemáticas, en el asiduo manejo de documentos y archivos, la infaltable "materia prima".

El pensador, reconcentrado casi siempre, medita en los momentos más comprometidos de su vida amenazada por el largo exilio soportado a causa de sus ideales políticos de juventud, a la crítica de sus elusiones de la decadencia nacional que condena y lamenta.

En cualesquiera de estas situaciones queda siempre la imagen del hombre que estudia y no deja libro por leer. Lo ha confesado el propio escritor. "Mi vida, dice al hablar de sí mismo, siempre ha estado dominado por alguna "obsesión literaria". Conocemos ahora de algunos de estos casos. La pasión que sintió Crespo por sus lecturas más queridas de juventud fue recordada siempre con emoción. La obsesión se manifestaba, primero, en el mismo disfrute de la lectura; después, en la relectura que se repetía una y otra vez; también en la memorización de párrafos completos, en el comentario hecho de estos libros, a los amigos, con discusión o sin ella, no pocas veces con vehemencia. (T.C.p. 253). Desde la primera lectura Crespo calaba en profundidad en el trasfondo del libro, con sostenido interés. No eran sólo pasiones

circunstanciales las que lo impulsaban; alrededor de sus lecturas se formaban nidos culturales en los que maduraban los juicios críticos. Estas ocupaciones están identificadas con las etapas de su vida. Las recuerda siempre, y aún hoy, Crespo dice volver a ellas. Son momentos de un encadenamiento espiritual que actúa como defensas emocionales, peldaños anudados de su existencia madura en un mundo que parece insistir en su hostilidad.

Entre las primeras vertientes literarias que recuerda Crespo con satisfacción adolescente se encuentra Knut Hamsun. Las impresiones más fuertes que recibe del novelista noruego se encuentra en su novela "PAN". De esta novela ha dicho: "En mi juventud, allá por los veinte años, uno de estos autores principales fue Knut Hamsun, cuyas novelas leí unas cuantas veces y hasta ahora, medio siglo después, queda en mi memoria el nombre del pueblito de Sirilund, escenario de la novela PAN y... de sus personajes y extravíos". (T. C., p. 254).

La "Biblioteca de Grandes Obras", publicada por la Editorial TOR de Buenos Aires, traía a La Paz su colección de novelas famosas; entre éstas vino "PAN", "Hambre", "Soñadores", "Germinación", "Victoria", "Sellanras" de Hamsun. Estas ocupaban hasta el diez por ciento de su catálogo de obras publicadas, para evidenciar su importancia. La prosa hamsuniana, de estilo natural brillante, pero poco convincente, no era profunda, en cuanto a ideales sociales o políticos. Si el joven Crespo Rodas quedó cautivado con la lectura de PAN debió obedecer esta simpatía al estilo acogedor con el que describía la naturaleza, a la extraña vida de su protagonista y a la sencillez de su argumento.

El novelista noruego que le arrancó tanto entusiasmo al novel lector, hasta fijar su atención y llegar a los detalles, no fue, empero, penetrante en sus ideas. Le atraía, pero no le convencía. Su repudio de éste, cuando se hizo nazi fue la prueba de esta situación. Quién llegó a consternarlo después, fue Amiel, con su "Diario Intimo" que en Alberto Crespo pasó de diario de cabecera a ideario de devoción.

FRANZ KAFKA, DE LEJOS.

En la perspectiva de las lecturas más fecundas de su adolescencia, Kafka aparece un tanto distante, casi en la lejanía; empero, en contraste con esta situación, en sus recuerdos de juventud no aparece tan lejos. Hay, en la aprehensión de su prosa, esa acusada captación de las "incongruencias de la vida cotidiana" y "el desaliento del hombre ante el absurdo del mundo", que se le atribuye en las rescensiones frecuentes que publican sus editores. No se precisa bien si Crespo buscó este tipo de literatura o fue Kafka quien se ganó la conciencia de éste. A diferencia de las lecturas de Proust, Sartre o Malraux, Crespo lee a Kafka con menor interés directo, dando la apariencia de un manejo rápido de sus páginas y de sus ideas. Personifica a este escritor con la represión antijudía del siglo. Trabaja con arrebatadas ideas, pero sin aproximarse a la tragedia. No existe simpatía ni desprecio en lo que trata. Su lectura en ciertos momentos, hasta parece hacerse marginal, transcurre sin comentarios y, si algo anota, lo hace sólo con algunos de sus libros. A Crespo no parece haberle impresionado el oscuro drama de "El Proceso". No habla de él. Tampoco de "El Escarabajo". Pero Kafka con su estilo, su realismo literario y sus temas, está presente en su trabajo, aunque sin un interés concreto. Parece que la mención que hace de sus libros significa sólo que éstos no le fueron extraños y si ha satanizado a la burocracia en los conflictos de hoy, no ha hecho de ella, el centro de su crítica social. Hay que fijarse, en todo caso, sobre los rasgos de sus personajes, para comprender la evolución literaria de Crespo, en estos años.

DEL "DIARIO DE SATANÁS" AL "DIARIO" DE LA VIDA COMÚN.

Hay lecturas que acogen porque ellas parecen identificarse con los gustos del lector. Los libros agradan por diversos motivos: unos, porque enseñan o porque fascinan con su prosa brillante; otros, porque tienen afinidades con la personalidad del que los lee. Pero, los que más subyugan son los que hablan de nuestra propia forma de ser, las que se aproximan más a los sentimientos propios o tratan cuestiones próximas a la intimidad de la vida del lector. Con Andreiev pasó lo que Crespo sentía. "Mi soledad es absoluta" se lee en la primera página del "Diario de Satanás". El estado de ánimo de Crespo era el que tuvo aquél día que se marchó a la mina de Laramcota. "No siento necesidad de amigos, pero sí, de hablar de mí, y no tengo a

nadie con quién hablar... hay que ordenar el pensamiento como se hace con los soldados o con los postes de telégrafo". (Obra cit., p. 5, "Biblioteca de las grandes obras", Buenos Aires).

Crespo leyó a Andreiev cuando más necesitaba que se le hablara de su adolescencia introvertida. Andreiev está cerca de él, porque se deja leer con persuasiva familiaridad de las cosas, como se ve en este pensamiento: "Hecho una mirada sobre el pasado de la tierra y veo en ella miradas de sombras de pena que pasan a través de los siglos"... " en la locura y la sombra, la violencia y la mentira; oigo sus solemnes juramentos, a los que faltan sin cesar"...(Obra cit., p. 87). Era el comienzo de unas lecturas que con su reiteración hacían convicción. Las ediciones populares que llegaban desde Buenos Aires a La Paz, trajeron algunos títulos importantes como "Los siete ahorcados". Andreiev escribía con picardía, humor e ironía.

LOS POETAS MALDITOS.

¿Qué dijo de Rimbaud, Paul Verlaine, en las páginas de "Los Poetas Malditos? Que la correspondencia literaria o íntima, de un hombre, sus memorias, las huellas que dejará de su vida, definen el alma tanto como un libro, por humilde y descuidado que fuera.

Crespo Rodas no era poeta en su juventud, no lo es hoy; que se sepa, nunca publicó versos ni intentó inspirarlos. Pero, en su adolescencia, según los nombra, gustaba de los poetas Arturo Rimbaud, Estéfano Mallarmé, Marcelina Desbordes-Valmore y otros. Entre todo lo que lee en prosa y sus aproximaciones a Paul Verlaine, hay preferencias artísticas que se ven en sus "Poemas Saturnianos". Escogemos de "El Enemigo" estas estrofas que Crespo Rodas las aceptaba:

**Mi juventud fue sólo un negro temporal
que, relámpagos agrios, secaron mis antojos".**

o de "Elevación":

**Sobre el negro fastidio y la lenta amargura
que con su peso cargan la existencia brumosa
Dichoso aquél que puede con ala vigorosa
ganar los campos vastos de la eterna hermosura.**

("Las Flores del Mal", p. 13. Editora Calomino. La Plata, Argentina).

Rimbaud es más fuerte en la dura visión poética, como cuando dice en su "Barco Ebrio":

**He visto las resacas, la tormenta sonora,
las corrientes, las mangas —y de todo sé el nombre—
cual vuelo de palomas a la exaltada aurora,
y alguna vez he visto lo que cree ver el hombre.**

"El Paraíso", la mina de Laramcota y después San Pedro de la Paz, son estaciones de su vida, que recuerdan a Crespo estas inquietudes que se asocian a Amiel, Hamsun y Proust.

EL INTIMISMO DE AMIEL

En la formación cultural de su adolescencia se ve a Amiel velando los sueños de Crespo con el "Diario Intimo", convertido en libro de confesiones. Lo ha reconocido sin reservas. Lo confesó, abiertamente, en sus recuerdos: "Estuve cautivo del Diario de Amiel". La deuda emocional que siente tener con este pensador no fue ocultada en la juventud aunque en la madurez adelantó algunos reparos. Pero, buena parte de su adolescencia y hasta de su vida madura, le sirvió de apoyo espiritual. "Su obra llenó muchas horas de mi vida", puntualiza. (T.C. p. 254). Este fue el reconocimiento sin reservas que hizo de Amiel.

No se comprendería bien esta estrecha relación nacida de su ansiedad adolescente hasta llegar al "cautiverio" amielano sino se tuviera en cuenta aquellos hechos de su vida que crearon este afecto. Hay fuertes vivencias que acompañan a la lectura de Amiel, asociándola a su vida. Ningún recuerdo de los que tiene contado escapa a esta trama íntima y familiar. Existe

en sus invocaciones cierto perfume nostálgico, tibiezas que vienen del pasado y rememoraciones que accionan los recuerdos. Leer, en estos casos, no es sólo pensar, es también sentir. Anudar al presente los sentimientos del pasado.

Está confesado que Crespo Rodas hizo del "Diario Intimo" la obra que llenó muchas horas de su vida; que éste influyó decisivamente, sobre su juventud, convirtiéndolo en "cautivo" de sus lecturas; que, de alguna manera, organizó la emotividad de sus años mozos, aunque después, su madurez, atenuó su entusiasmo por los primeros mensajes del "Diario Intimo".

¿Qué vínculos culturales surgieron en Crespo Rodas con las lecturas del amielismo? Crespo no ha respondido a preguntas como ésta. Leía a Amiel con la vocación de un discípulo; sabía que le agradaba leerlo más de una vez, y siguió pensando en el contenido del libro durante mucho tiempo, sin responder por el porqué; sobre este punto, no tiene una respuesta precisa. He intentado explicar la comunicación emocional-intelectual existente entre ambos —autor y lector— por el carácter histórico vivencial que tiene sus lecturas unidas a su vida, a las circunstancias de su desarrollo social en el seno del hogar, a la estrecha amistad con los compañeros, al deseo de pensar sobre algo que le fuera íntimo.

Por primera vez, un escritor le habló a su pupilo con un lenguaje directo y persuasivo como éste: "Es preciso aprender a desligarse de todo lo que podemos perder, y no a apegarse a nada fuera de lo eterno y absoluto... adorar, comprender, recibir, sentir, obrar: he ahí tu ley, tu deber, tu dicha, tu cielo". ("Diario Intimo", p. 5. Editorial TOR s/f., Buenos Aires).

La prosa amielana era acogida con fervor por el lector dispuesto a escucharlo, con pasiva aceptación, primero y después, con adicción. Ningún libro llegaba a la comprensión del discípulo como Amiel, que salía al encuentro del lector para decirle: "La acción es sólo el pensamiento condensado, concreto ya, oscuro, inconsciente. Me parece que nuestros menores actos, como dormir, andar, comer, etc., son la consideración de una multitud de verdades y de pensamientos y que la riqueza de ideas que se escapa está en razón directa de la vulgaridad del acto"... "Todo lo que hacemos es pensamiento". (p. 9, obra citada).

O, esta otra reflexión: "Cuántos hombres ilustres que he conocido han caído ya segados por la muerte... sabios, artistas, poetas, músicos, historiadores. La vieja generación se va. ¿Qué dará la nueva?". {Obra cit. 1 p. 13}. Y, el llamamiento que hace enseguida: "Muestra lo que hay en tí! Es el momento ya, es la hora... Tienes la palabra, a tu vez, colma la medida, di tu frase o revela tu nulidad o tu capacidad. Sal de la sombra... habla hoy o calla para siempre", (Idem). ¿No aparece Amiel en este pensamiento, como un antecesor de Fucuyama?: "Como un terraplén, cada vez menos sinuoso, sin contrastes, sin oposiciones, monótono, así será el aspecto de la sociedad humana... Lo útil quitaría el lugar a lo hermoso; la industria lo quitará al arte; la economía política a la religión y la aritmética a la poesía. El fastidio llegará a ser la enfermedad de la época igualitaria", (Idem, p. 19).

Todos han leído, cada uno en su tiempo, lo que Amiel dejó escrito en su diario: "El que calla, es olvidado; al que se abstiene se le toma la palabra; quién no avanza, retrocede; al que se detiene, se le aventaja y se le aplasta; quién cesa de crecer, comienza a declinar; quién desiste, abdica; el estacionamiento es el comienzo del fin, es el síntoma terrible y precursor de la muerte. Vivir es, pues, triunfar de continuo, es afirmarse contra la destrucción, contra las enfermedades, contra el anulamiento y la dispersión de nuestro ser físico y moral. Vivir es, pues, querer sin descanso o restaurar, cotidianamente, la propia voluntad". (Obra citada, p. 23).

Fue con estas inyecciones de consuelo, conformidad y optimismo que Amiel ayudaba a los jóvenes, a madurar en estas reflexiones. A qué lector no le agradó que se le dijera: "Tenemos un instinto de rebeldía, un enemigo de toda ley, un rebelde que no acepta ningún yugo, ni aún el de la razón, el deber o la prudencia". (Obra cit., p. 179). La amistad de Crespo con Amiel fue una pasión de juventud; el desconsuelo para Crespo es que la juventud nunca entiende bien lo que lee. Sus críticas de la madurez traen este sentido,

MARCEL PROUST: SUS PERSONAJES ME ACOMPAÑARON TODA LA VIDA.

¿Hasta dónde pudo este extraño novelista francés apoderarse de los sentimientos desbrozados del joven Crespo? Por lo que deja ver en sus evocaciones, Proust se le hace presente con la amistad contraída con Ricardo Bonel; su afecto a "La sombra de las muchachas en flor" viene del libro que recibió prestado de su inolvidable amigo. Más, para

responder adecuadamente a esta cuestión, es indispensable empezar este asunto con las mismas palabras que Crespo las tiene dichas: "He tenido una obsesiva inclinación a Proust", Los sentimientos son fuertes a no dudar. Por esta razón se vio obligado a continuar: "Creo que puedo dar algunas contestaciones". La explicación es absolutamente intimista. Escuchémosle en el reconocimiento de sus razones: "Sigo a Proust por su distinta manera de pensar, su capacidad infinita para ampararse en la reserva, su superficialidad y también su entrega", (T.C. p. 124),

Al destacar a Proust en su propia obra, Crespo explica con una reflexión filosófica, el porqué de su afinidad con el novelista. "Proust, escribe, nos hace dar cuenta de la existencia de dos planos del tiempo: el externo y el interno. El externo pertenece a todos. El interno es el tiempo del recuerdo, la búsqueda del tiempo perdido".

En su extensa novela en siete volúmenes —" En Busca del Tiempo Perdido"—, "todos terminan derrotados como creo que sucede en la vida", comenta Crespo, con el evidente trauma del desasosiego que le daba la expatriación que padecía inocultablemente. Los personajes no son espectaculares ni constituyen símbolo de ninguna virtud o defecto. Con este juicio concluye su visión de Proust: "Llevó hasta el vértigo el morboso placer de la introspección y el recuerdo". Esta fue la imagen de cómo vio Crespo a Proust en su obra. De sus consecuencias dirá con consternación: "Sus personajes me acompañaron toda la vida, hasta ahora". Esta recapitulación de Proust, no es de 1960, corresponde a 1986.

Tuvo esta profundidad la influencia ejercida por Proust sobre el autor de "Los Exiliados Bolivianos" (Siglo XX). El sello del pasado proustiano de Crespo está marcado en su vida hondamente. Lo reconoce sin excusas. "La índole de mis sentimientos, mi modo de ver la vida, conducta y desalientos, de alguna manera proceden de esa vertiente". (T.C., p. 122).

De prolongado afecto literario-emocional, Proust pesó sobre los prolongados años de vida de Crespo, de tal forma, que no vaciló en reconocerlo, sin ambages. "Hasta ahora perduran en mí, lo admite, las consecuencias del retorno a nuevas lecturas de "En Busca del Tiempo Perdido". Sus relacionamientos sentimentales con esta literatura no llegan a su fin ni después de confesarlo todo. "He sido prisionero por lo que se ha llamado las "endemoniadas sutilezas" de Proust". (T. C. p. 122). ¿Estuvo éste por encima del poder teórico de Marx?

En Bolivia, sólo a otro gran lector de Proust, le oí hablar de este novelista con un afecto parecido al de Crespo: Eduardo Nava Morales, economista enamorado de las "búsquedas" de Proust, cuya obra era vista como el nostálgico perfume de una lírica del olvido.

ANDRE MALRAUX: ESCRITOR Y COMBATIENTE.

Poco es lo que de André Malraux escribió Crespo Rodas, con estar identificado con él, concienzadamente, por sus grandes virtudes de escritor combatiente. Su causa fue —comenta— la de todos los que lucharon en contra del colonialismo y el nazismo. Por estos principios está más cerca de él. De este escritor se ha dicho siempre que fue una "conciencia lúcida" y "un hombre de acción y de lucha". Crespo debió leer todas sus novelas porque éstas circularon ampliamente por todos los países latinoamericanos. Pero, en sus memorias, sólo habla de "El tiempo del desprecio", libro, uno de los más famosos, que salió de su fuerte temperamento de escritor. Una frase de este libro ha sido recordada siempre: "Es difícil ser hombre", cuando había que luchar contra el fascismo, sostener la vocación del patriotismo y enfrentar la lucha por la dignificación de la vida. La solidaridad de Crespo con Malraux venía de las altas tensiones patrióticas que generó, en ambos, la democracia política ante el mortal peligro del fascismo y de la Gran Guerra que llevó a los pueblos a la defensa de la democracia.

A LA SOMBRA DE JEAN PAUL SARTRE.

Pasar de Hamsun a Amiel, a Proust, a Sartre, puede ser considerado un gran salto ideológico en el avance de las ideas literarias y estéticas de Crespo. En 1989 dio testimonio de este proceso en su "Tiempo Contado" que lleva un subtítulo, al parecer no muy afortunado: "A la sombra de Sartre". ¿Qué tenía el escritor y militante Crespo Rodas, de existencialista? Escuchémosle sus razones: "Habíamos sido tocados por los mismos hechos —vividos—, el fascismo, la guerra de España, el comunismo, la segunda guerra mundial, la violencia y las torturas, los escepticismos y desesperaciones de estos años". (T.C., p. 233). Estos

antecedentes anotados nos llevan a la participación de Crespo en la comunidad mundial de los principios y los acontecimientos históricos antifascistas, además del contenido doctrinal del existencialismo como filosofía constituida. Lo prueban, también, sus confesiones, de las cuales una es muy importante. "No quedaría con la conciencia tranquila sino escribiera unas líneas para evocar la relación de media vida mantenido (con Sartre) a través de sus libros, artículos y mensajes". (T. C., p. 255). Las sedimentaciones ideológicas de aquellas lecturas fueron las que le hicieron confesar su simpatía: "Fue una amistad para toda la vida ti. (T. C., p. 236).

Después de tantas lecturas sartreanas llevadas durante decenios, hablar de "La Crítica de la Razón Dialéctica" y de "El Ser y la Nada", sus obras filosóficas mayores, tenía cierta familiaridad, aunque Crespo no intentó adentrarse en sus contenidos filosóficos. Prefiere destacar el poder externo que tiene la doctrina de Sartre. "No buscó la tribuna universitaria —comenta— su cátedra estaba en las mesas de los cafés de París, en los escenarios de los teatros, las concentraciones políticas, los enfrentamientos con la policía y las polémicas con los adversarios". Este era, en la imagen de Crespo, el Sartre vivo. Es poquísimo lo que dice, de esta proximidad ideológica y de sus eclosiones teóricas; no se conoce por él, al dramatismo existencialista en Bolivia. Fueron Sergio Almaráz y Roberto Prudencio, quienes rozaron el tema, adelantándosele. Empero, en algo es cierto, que fue Crespo el último en escribir lo más notoriamente sartriano que tiene su "Tiempo Contado", cuando a este libro se le pone como colofón, un último capítulo corto con el título de "El Fin y la Nada", y dentro de él, esta sentencia: "Me quedaré sin comprender el sentido y el objeto de la vida humana". El trabajo se cierra, obviamente, con las conclusiones de Sartre, pegadas a las intenciones de Crespo. "La trágica paradoja es que lo único coherente en la vida es la muerte, la nada, el fin". (Obra cit., p. 296). Al hablar de su madre, muerta a los 78 años de edad, Crespo recordaba a Sartre en términos existencialistas: No se nace para vivir sino para morir.

TERCERA PARTE

AL ENCUENTRO DE LA LITERATURA BOLIVIANA

-Raúl Botelho Gosálvez
-Augusto Céspedes
-Alcides Arguedas
-Franz Tamayo
-Gunnar Mendoza
-Alberto de Villegas

¡Cuán manoseados y viejos se hallan mis queridos libros! Después del trabajo gusto de penetrar en sus entrañas...

RAÚL BOTELHO GOSALVEZ
"Borrachera Verde"
1937

RAÚL BOTELHO GOSALVEZ: "BORRACHERA VERDE".

Cuando todo parecía convencer al país que la novela boliviana había llegado a su agotamiento, después del naturalismo indigenista de Arguedas y el realismo crítico de Chirveches, la aparición de Raúl Botelho Gosálvez con "Borrachera Verde" (1937), fue un acontecimiento prometedor, novela corta de estilo vigoroso y gran fuerza expresiva, trajo alientos nuevos para la prosa boliviana.

Botelho tenía sólo 19 años de edad cuando escribió este pequeño libro para un concurso convocado que lo premió. Escrita al modo de "La Vorágine" de Eustasio Rivera, Botelho muestra gran emotividad en el sello de los testimonios vivenciales de su relato. A esta edad tenía un nombre que pocos conocían y sin antecedente literario que mencionar. Fue su temprana juventud la que le sugirió el tema, su argumento y propósito de debutar.

Hasta la postguerra del Chaco (1936-40), la literatura boliviana había recorrido ya, con éxito, por los caminos más frescos del naturalismo zoleico, el realismo flaubertiano y el realismo humanista gorkyano, con las obras de Arguedas, de Chirveches y Mendoza. No parecen haberse impuesto de estos contenidos literarios y estéticos los que venían detrás, acaso porque la difusión de estas novelas no fue satisfactoria, porque sus autores tuvieron problemas con las pequeñas ediciones sufragadas con suscripciones hechas por amigos o porque el ambiente social represivo se mostró adverso al carácter de estas obras.

Una de las impresiones entusiastas que Crespo dejó escrita fue su encuentro con el autor de "Toros Salvajes". Crespo y Botelho eran contemporáneos. Ambos nacieron en el mismo año de 1917. Los caminos recorridos por éstos, habían sido, sin embargo, diferentes, Botelho ingresó con "Borrachera Verde", con un timbre exitoso, en la literatura boliviana. En 1938 el libro circulaba ya, en las librerías, cuando Crespo se iniciaba en la carrera diplomática aunque sin dejar de mostrar su interés por la literatura. El encuentro de estos aún jóvenes escritores, entonces, fue registrado por Crespo en términos elogiosos: "Acababa de ganar un premio literario con su novela "Borrachera Verde", escribe, algo que en aquellos años de crisis cultural sonaba a grande". Su impresión personal fue que Botelho "hablaba todo el tiempo de libros, se mostraba intelectualizado, medio obsesivo; sabía que ya, desde entonces, su vida estaría dedicada a escribir". (T.C., p. 45). Esta impresión traslucía simpatía hacia Botelho. Se hicieron amigos. "Nos contaba —recuerda— los argumentos de las novelas que tenía en la mente y nos leía varios de sus relatos como "La Historia del Tata Limachi". Por Crespo sabemos que el rumbo impreso a la orientación "eustasiana" de su primera novela fue cambiada por el indigenismo del "Tata Limachi", a causa de su simpatía con la Escuela Ayllu creada por Elizardo Pérez. "Inspirado por la figura de Pérez se fue de profesor a la escuela indigenista de Warizata". Esta tendencia indiana era diferente al indigenismo arguediano. La Escuela Ayllu buscaba la reanimación de la cultura inca en el altiplano, mientras Arguedas destacaba las penurias de la existencia social de los aymaras en la sociedad liberal. La imagen que Crespo dejó del joven escritor Botelho, corresponde a la de su juventud, expresada en forma viva: "Es abstemio, pulcro y metódico, dice de él, se resistía a complicarse con nuestra bohemia". T. C., p. 45).

El indio "literario" creado por Botelho en sus novelas, llegó con "Altiplano", su novela más lograda; este "indigenismo" fue abandonado después de medio siglo, porque el indio de ésta época había dejado de ser el del novecientos.

AUGUSTO CÉSPEDES: AMIGO PARA CONVERSAR Y BEBER.

El novelista de "Sangre de Mestizos" (1936), nació en 1904, en Cochabamba. Cuando Crespo lo conoció, entre ellos había, en edad, una diferencia de trece años; Crespo nació en 1917. Los relatos de Céspedes fueron publicados en Santiago de Chile. Se conocieron en el club social de los periodistas de La Paz. Cuando Crespo habla de él, lo hace con el acento puesto en esta atmósfera profesional. "Nos veíamos con cierta frecuencia, comenta, para conversar y beber, que era entonces nuestras actividades sobresalientes". (T. C., p. 49). El tono de broma que utiliza Crespo está tomado aquí del estilo punzante del propio Céspedes. Después, esta amistad no fue a más. Céspedes siguió el camino político de Busch, fue secretario privado del coronel Gualberto Villarroel, durante su administración e hizo de político importante en los gobiernos nacionalistas que se instauran desde abril de 1952.

De las vinculaciones políticas que caracterizaban su relación principal con otras personalidades de la época, sólo anota el incidente protagonizado en el Palacio de Gobierno por el dictador Busch contra Alcides Arguedas, cuando éste fue llamado a palacio por el presidente con objeto de agredirlo en el mismo despacho de gobierno. Crespo participó de la manifestación universitaria de desagravio que amparaba al escritor y protestaba por la brutalidad del hecho consumado. Tres mil manifestantes recorrieron por las calles hasta llegar a la plaza de gobierno, donde la masa prorrumpió en gritos contra el dictador. Los sentimientos antimilitaristas fueron siempre fuertes en Bolivia. Crespo dejó anotado en su libreta: "Tras haber sido responsables, en gran medida, de la derrota del Chaco, se habían apoderado del gobierno mediante el procedimiento del golpe". (T. C., p. 51). Estas políticas divergentes fueron separando a ambos.

ARGUEDAS: ¿HISTORIADOR POSITIVISTA?

La aparición de Alcides Arguedas en el escenario de la cultura boliviana del novecientos, fue dramática, no obstante su temprana edad de escritor; superó, en mucho, el renombre alcanzado por los escritores más brillantes del conservadorismo del siglo anterior, como Nataniel Aguirre, Ricardo Jaimes Freyre y otros.

Ningún novelista, hasta los comienzos del nuevo siglo, había conseguido conmover a la sociedad boliviana con su repugnancia al militarismo como lo había hecho en "Pisagua"; la menuda vida de los criollos del altiplano en "Wata Wara" y la crítica de los liberales montistas en aquella "Vida Criolla", que Arguedas oficializaba como regresiva. Este fue el alcance de la obra literaria de un escritor que levantaba audazmente los entretelones ideológicos del conservadorismo del siglo anterior. El gobierno montista tuvo que extrañarlo del país, con pretextos pueriles en 1905; quería impedir que publicara "Alma Boliviana", título que después fue substituído con el no menos temible "Pueblo Enfermo", que se editó fuera del país. Las dramatizaciones sociales de este libro, hicieron de Arguedas un detestable expatriado, siendo puestas sus novelas en el índice de la censura de la época. "Pueblo Enfermo" que no es precisamente una continuación de sus novelas, sino un ensayo psicosociológico, definió a su autor como un severo crítico de la sociedad montista. Rasgos conservadores y positivistas, asoman en sus páginas en lugar del naturalismo zoleico de sus obras anteriores. Este libro se encuentra hoy, a la distancia del arguedismo global, entre el período literario y el período histórico de su obra. En el balance final ganó la historia con él. Después de 1920, año de expulsión de los liberales del gobierno, se consagró al trabajo de la historia, según lo hizo saber Arguedas, bajo la presión del grupo latinoamericano de intelectuales que vivían en París, y al que por estos años, perteneció.

El joven Arguedas de "Wata Wara" pasó, con este cambio, al arguedismo maduro y conservador, afiliado al idealismo histórico bajo la influencia de Carlyle, Taine, Ranke y otros, sin mantener una línea homogénea de pensamientos. Al dirigir sus pronósticos sobre la historia de Bolivia, concibió la idea de "Los caudillos bárbaros", "La plebe en acción", "Los caudillos letrados", y otros títulos parecidos que rebelan claramente su concepción de la historia. Nadie en Bolivia, durante décadas, se había apoderado del campus de la historia, para iluminarlo y sacar a la luz, los fantasmas que tuvo el historiador frente a su tiempo. "La Danza de las sombras" hincó su fuerza en la fe crítica que apareció en él, desde el primer trabajo de prensa —Era un sueño no más— que su padre hizo publicar en un periódico de La Paz.

En la vida de Arguedas hay, sin embargo, algo más que literatura e historia, para comprender su obra y su época. Existe en él, un gran desarrollo crítico y un desafío ideológico definido a la sociedad de su tiempo. Alberto Crespo que tuvo la fortuna de conocerlo de cerca, que leyó sus escritos y que ha reflexionado muchas veces sobre su obra, como lo reconoce, testimonia algunas situaciones de su forma de trabajo: "Ingresaba a su escritorio a las ocho de la mañana y no salía hasta la hora del almuerzo, a la una de la tarde"... (T. C., p. 600).

La disciplina intelectual de Arguedas es recordada por todos los que lo conocieron; lo que no fue conocida a éstos, fue su posición ideológica. Desde ya, el naturalismo zoleico fue la orientación mayor que sus novelas tuvieron; el positivismo en todas sus gamas: comtismo, tainismo, rankenismo, etc., dominaba en la historia y sociología, y el idealismo en su filosofía. Parece, no obstante, que Arguedas fue el que menos recorrió por todas las corrientes de moda en el pensamiento europeo, como lo hicieron muchos en Bolivia.

Para Crespo Rodas, Arguedas no fue positivista, o lo fue, escasamente, en el trabajo de la historia. "Nunca se ha probado satisfactoriamente (en Arguedas) el pensamiento filosófico positivista francés del siglo XIX", sostiene sin vacilar. El que se le haya atribuido esta filiación viene de los que lo denostaban, quienes eran —probablemente— los que menos leyeron su obra. ¿Es lícito colocar a Arguedas —pregunta— entre los historiadores positivistas? Su respuesta fue negativa. Para probarlo Crespo recurre a Leopoldo Von Ranke y a Augusto Comte, trayendo a debate sus principios. Así cree llegar a la conclusión de que en sus libros no aplicó estos principios a los hechos estudiados. Crespo ha escudriñado entre sus textos y los prólogos que ha escrito para publicarlos, obteniendo diferencias definitivas. Los prólogos tienen orientaciones positivistas pero los desarrollos históricos, no. A continuación, añade algo más peyorativo. En las cuestiones que trataba hacía prevalecer su parecer personal, advertencia con la que no se dice claramente si el "parecer personal" era francamente arbitrario o

conceptualmente, una posición arguediana legítima. Lo que viene después es más bien aclaración de lo anterior. Veamos lo que añade Crespo a su juicio.

La cita tiene que ser forzosamente extensa. "Si para los positivistas el historiador debe eludir todo juicio y limitarse a referir los hechos de la manera más cercana a su suceso real, Arguedas franqueó todas las veces que quiso la distancia entre el acontecimiento y el historiador. Su historia no es una demostración, es una requisitoria". (T.C., p. 64), "está al servicio de su obsesiva mística moralizante y una crítica llevada hasta la amargura". (T. C., p. 65).

Con esta posición Crespo llega a la franqueza en su refutación a Arguedas. Separa, en primer término, a los historiadores positivistas de las ideas de Arguedas, como dos versiones diferentes. Luego, anota el porqué este no puede ser tenido por positivista.

Arguedas se vio sentado en el banquillo frente a las impugnaciones de Crespo que le arrostra el no ser "historiador positivista", porque "examina el pasado desde lejos, sin pasión y sin bandera; comprometido, al contrario, con ese pasado"... historiador que "a cada uno le está diciendo lo que debería haber hecho... llegando confundirse con los sucesos, precisamente, como no quería el positivismo que sucediera" (T. C., p. 65).

Hemos citado cuanto hemos creído necesario hacerlo para destacar la crítica opuesta por Crespo contra Arguedas. El lugar y el momento de esta separación de conceptos historiográficos tiene importancia. Los historiadores bolivianos no han entrado en estos terrenos sino raras veces. Crespo termina preguntando: "¿Qué queda, entonces, del "Arguedas positivista?". Sin embargo nada quedaba acabado para Arguedas. Por de pronto Crespo no entra en otros santuarios del arguedismo ni en el lugar que ocupa en la historiografía boliviana. Crespo pregunta acerca de él: "No fue más bien una especie de profeta?...". Esta era una pregunta que no iba a tener respuesta. De esta manera, Arguedas escapaba, una vez más, a una definición de su obra. Hemos apuntado en Arguedas, como algo principal, su novela, escrita ella en sus años más briosos, como una historia social maciza, tal como se ve en "Raza de Bronce". Crespo no toca esta faceta de la obra de Arguedas en su enjuiciamiento antipositivista del historiador que, creemos, es inseparable del conjunto del arguedismo.

ALBERTO DE VILLEGAS LA BOHEMIA.

La simpatía que despierta este muy poco leído escritor (1897-1934) en Crespo Rodas, viene exclusivamente de sus libros, pero también de un algo personal sui géneris que le atrae, por su modo de ser, su bohemia, su misticismo de las cosas. Leyó con interés los pocos libros que publicó, —"Sombras de Mujeres", "La Campana de Plata" y "Memorias de mala-Bar—; conoció algunas fotografías suyas —uno de corte diplomático y otra de soldado en la guerra del Chaco—, uniforme de soldado dice, con el que, probablemente, murió. Esto no fue todo. Por algunas raras inclinaciones que todos tienen, Crespo le dedicó buenas páginas para describir su estilo, trazar su figura, bordear sus temas. En la historia de la literatura boliviana no falta su nombre. Vivió los días y sus noches en los caprichos de la belle époque de París, comenta Crespo, entregado al surrealismo, las excentricidades de Josefina Baker, los libros de Paul Valéry o Guillaume Apollinaire"... Y, completa su atracción aparente o real por este bohemio, de quién con seriedad conceptual dice: "Era un intelectual, un hombre de lecturas y un escritor que no se dejó atrapar por la trampa árida de la especialización "... (T.C., p. 229).

¿Qué fueron, en verdad, o a qué obedecían sus curiosas preocupaciones literarias, teñidas de bohemia literaria y de misticismo castizo? "Sombra de Mujeres", ha dicho Crespo, es "en realidad uno de esos libros que no se escribe para los demás sino para uno mismo". (T. C., p. 231). De este libro poquísimos críticos podrían hablar porque hasta para ellos se hace difícil encontrarlo.

De "La Campana de Plata", tiene esta otra opinión: "No quiso probar ni demostrar nada sino sólo escribir". (T. C., p. 231). ¿Y qué, de las crónicas escritas en "Memorias de Mala-Bar"? Algo recuerda Crespo de este lugar. Allí se tomaba unos tragos con nombres sofisticados —en el Prado de la ciudad de La Paz— y se conversaba y también se bailaba, añade.

En su juicio último sobre la excentricidad de este escritor, sienta esta conclusión. "Estaba dominado por un sentimiento de alienación y escapismo"... "su vida tuvo pocos testigos". (T. C., p. 233).

Sin embargo, no todo estuvo vacío de importancia en lo que éste escribió. En sus páginas se encuentran apreciaciones literarias inteligentes como ésta, dedicadas a Potosí: "Clamor lejano transfigura al Cerro de Potosí y de las mil madrigueras abandonadas que miran con espanto de cuencas vacías los siglos de la eternidad... El espíritu milagroso del Cerro Rico que devora a los hombres en sus entrañas de plata ha hincado guerra de miedo en el ánimo de los potosinos"... ("La Campana de Plata". Edit. Renacimiento, p. 159).

Crespo exterioriza su simpatía por la obra de Villegas en este deseo: "Fue una persona que me habría gustado conocer".

Cuenta a propósito de él, que "alguien trajo a la Biblioteca Central de la Universidad... algunas cartas de amor y un primer borrador de las "Memorias de Mala-Bar", así como un manuscrito inconcluso sobre los aviadores de la guerra del Chaco. Hice, informa, una reducida copia mimeográfica de las "Memorias" cuyos ejemplares distribuí entre algunos amigos". (T. C., p. 234).

¿Qué atraía a Crespo de la personalidad surrealista de Villegas, tanto como las de Amiel, Proust, los poetas malditos y otros? ¿El exilio interior de aquellos que vivían en él?

Entre los tenues atisbos de simpatía por las "Memorias de Mala-Bar" y "Gitanos", pasan frágiles, endebles, sutiles, los hilos de la convicción profunda de Crespo sobre la realidad que asoma por las rendijas abiertas en los capítulos dedicados en "Tiempo Contado" a "Roberto prudencio", "Simbad", la "Historia", "17 años después" y otros.

LOS RECÓNDITOS PARAMOS DE BOLIVIA: CARLOS MEDINACELI.

Infatigable en la lectura, próximo a los pensamientos más amargos de Nietzsche y de Spengler, pensador a quién no se pudo interrumpir, Medinaceli tenía una escritura clara, atenta a todo sentimiento público, haciendo de vigía frente a las pesadumbres nacionales. Medinaceli construyó, desde su juventud, una obra en la que se concentraban angustias, amarguras, pesares, desesperanzas y tristezas. Para referirse a él, Crespo identifica sus preocupaciones como un "sentimiento del fracaso". (T. C., p. 116). En el párrafo que se ocupa de sus ideas, pone una frase lapidaria: "La obra de Medinaceli está traspasada por un desgarrador e impotente sentimiento del fracaso". Crespo resume el pensamiento de Medinaceli a través de Adolfo Reyes, personaje de "La Chaskañawi", que abandonando la ciudad de Sucre, un día, se introduce en la campiña por algún motivo puramente eventual para perderse por siempre en ella, hasta bestializar su vida. "Los bolivianos, unos más que otros, sentencia Crespo, conocemos esa sombría trastienda de la patria". ¿Era correcto generalizar una situación particular como la de Reyes con el destino de su generación?

Para interpretar lo producido por Medinaceli en "La Chaskañawi", como contexto de la decadencia de los terratenientes en el proceso de destrucción de la agricultura y del aniquilamiento de la sociedad rural, caída en la pobreza, no hay que limitar el análisis a este solo libro. Es la tierra, "el polvo del atraso, el que termina por entrarse en el espíritu", por tanto, es ella la que debe servir para interpretar al hombre boliviano decadente, en el sentir de Medinaceli. La novela refleja el espíritu elemental de la indigencia campesina sobre el endeble sujeto de la ciudad.

A Medinaceli le asistieron otras razones para ser como lo fue. Le faltaba la disciplina, a conocer lo que quería ser. Leía en desorden y trabajaba, asimismo, como leía. Sus cartas son testimonio dramático de todo lo que caía a sus manos. Crespo lo tiene dicho. Acababa de cerrar las páginas de un libro para empezar las de otro, y seguir así, sucesivamente. En la presentación de un libro de Medinaceli que se reeditaba, señalé el caso como exclusivo de éste, influido por Nietzsche, Schiller, Proust, Goethe, Spengler, etc. Se apoyaba en esta excesiva preocupación libresca para escapar a la soledad. Crespo nos describe el ambiente en el que vio al escritor, por primera vez, en la ciudad de la Paz. De innegable modestia, de poca animación para hablar, era escritor de "desalientos y entusiasmos", se comenta del diputado Medinaceli que terminó renunciando a su representación.

¿Pudo estar retratado Medinaceli en Adolfo Reyes? Así lo sospecha Crespo. Javier de Chirca, su escenario, comenta, puede ser la misma Bolivia trasladada a escala menor. El propio Medinaceli debió presentirlo así porque en el drama que vivía en los pueblos terrosos,

presentía ver los resultados de una tierra en decadencia. Crespo que ha hablado también, con pesar sin redención, de la decadencia nacional, ve en Medinaceli a la expresión del abatimiento histórico, tanto igual a la tétrica ruina que quedó de la empresa minero de Colquechaca o del abandono y abatimiento del Cerro de Potosí, yerto y sombrío paraje, mitificado monte, legendario sitio asaltado y deshabitado, imperio del fantasmal ayer colonial y republicano.

La actitud sombría no es edificante y el escritor tiene que mirar alto y lejos para cumplir con desafíos su misión cultural. No es aceptable, por esto, que ciertos sectores atrasados lo tengan como a un exponente ideológico. Medinaceli vivió herido por el atraso. No tiene una impugnación sólda de la decadencia. Domina en él, la angustia, el temor, la desesperanza, ante un paisaje histórico, sin salida, que se le hunde bajo los pies.

UN FLASH DE MINUTOS CON FRANZ TAMAYO.

El encuentro personal de Crespo con Tamayo se dio fuera del campo de sus Ideas. Este tiene lugar, en un momento excepcional de algunos pocos minutos. Crespo se hizo presente en la Cámara de Diputados ante Tamayo el año 1944. Acompañaba a José Antonio Arze que visitaba al presidente de la Cámara de Diputados para agradecerle por el juramento que le había tomado días antes, como diputado, cuando el régimen villarroelista, rodeado de anticomunistas, se oponía a su ingreso al congreso, por motivos falaces.

Tamayo era una figura casi infaltable en la cultura y la política bolivianas anterior a medio siglo. "Conocí a Tamayo, por primera vez y sólo por unos minutos", escribe Crespo en sus memorias. No obstante del brevísimo tiempo de la entrevista recuerda éste que tuvo la más viva impresión de este momento. Cuarentaidos años después, destacaba en él, sus modales señoriales, dice, su distinción solemne y natural, su cortesía evidente y subrayada, pero espontánea.

El asombro de Crespo no tiene motivaciones políticas. "A pesar de sus actitudes arrogantes, quería y respetaba a los hombres". Piensa "que han fracasado los intentos de quienes se han aproximado a su obra", son sus palabras de ocasión. Propone a los críticos no ocuparse de su obra en forma global, sino de sus diferentes aspectos por separado; por ejemplo, del amor, el arte, el destino y otros.

CERCO DE PENUMBRAS: PIENSO QUE OSCAR NO HA MUERTO.

Ante este libro hay que preguntarse: ¿cuál fue el "cerco" del que habló Cerruto y de qué "penumbras" trató en sus cuentos de 1968?

Crespo, amigo de prolongadas conversaciones con Cerruto, nunca lo pudo saber. "A pesar de esos ocho años de aproximación (al poeta) después que murió Oscar he pensado más de una vez con cierta tristeza por haberme quedado sin saber muchas cosas de él", lamentaba después de la muerte de Cerruto. (T. C., p. 276). Y, la tristeza, no fue sólo lamento de Crespo. Le sucedió también a toda la literatura boliviana que ha dejado en el olvido a este escritor que tuvo la desgracia de haber vivido, en una sola vida, dos etapas diferentes, acaso opuestas. El nombre de Cerruto está unido a los primeros movimientos revolucionarios bolivianos anteriores a la guerra del Chaco. Su participación en la edición de "Bandera Roja" y su novela "Aluvión de Fuego", dicen bien de su juventud, del carácter lúcido que tuvo su obra. Después vino la otra etapa, presente en el "Cercos de Penumbra", que corresponde a su vida envuelta en una diplomacia de bajo rango que prologó su muerte.

Crespo lo recuerda en "aquellas noches" de sábados semanales en los que los miembros de un grupo literario hablaban de todo y sobre todo, incluido algo del pasado de Cerruto.

A su período de juventud le pertenecían los ideales comunes a Gustavo Adolfo Navarro, Abraham Valdés y otros; sus vinculaciones con Pablo Neruda, Eduardo Mallea, Vicente Huidobro. A su edad madura, las citas de Shakespeare en sus obras, a Píndaro y otros. Crespo que estuvo a su lado en el grupo poético "Prisma", durante una década, llegó a escribir en homenaje suyo: "A veces pienso que Oscar no ha muerto"... sin llegar a sugerir el porqué, Este fue el retrato que llegó a tener Cerruto en las páginas de "Tiempo Contado".

UNA DIFÍCIL AMISTAD CON GUNNAR MENDOZA.

Sentimientos encontrados separan a Mendoza y Crespo, importantes archivistas, bibliotecarios e historiadores. Gunnar tenía ya su propio nombre, después de medio siglo, como Director de la Biblioteca y el Archivo Nacional de Sucre, cuando Crespo afectado por el exilio, ascendía recién en sus estudios de historia en la universidad limeña de San Marcos. La primera vez que lo vi, recuerda Crespo, fue en Lima el año 1957, cuando se encontraba de paso a los Estados Unidos. No supo, entonces, cuándo se había marchado de la ciudad. Pero, dejó algo anotado en su libreta: "Nunca supe de él", frase no muy cortés. Muchos años atrás, unos doce, se encuentran por segunda vez, ahora en Sucre. En la anotación que tiene escrita, Crespo se muestra despectivo. Presentaba, dice, una muestra bibliográfica en un salón de la universidad ante la "presencia de cinco personas". El detalle apuntado bastaba para desmerecer su importancia. Recuerda que en otra oportunidad, encontrándose en Sucre, ni siquiera se vieron, para significar que no había entre ellos ninguna relación que los una, Guardó para sus memorias algo que ya lo extrañaba. "Tampoco tuve oportunidad para conversar con Gunnar". Unos meses más tarde Crespo se hallaba de nuevo en Sucre, esta vez con una delegación de estudiantes de la Universidad de la Paz. "Visitamos al Archivo, comenta, y allí dije en mi salutación —remarca— que uno de los objetivos de la visita era "conocer a su Director". No obstante de este acto de cortesía, o tal vez a causa de una mala interpretación de estas palabras, Crespo observa que lo vio siempre "frío y distante"; lo sintió con preocupación, pues se trataba de una persona con la que tenía que tratar muchos asuntos en el Archivo, Regresó, en efecto, poco después;"nos vimos", afirma, con este comentario nada halagüeño: "Algo le pasa a Mendoza conmigo". Mendoza era poco comunicativo; no se sabe si, sobre esta situación, quedó algo escrito por éste.

Quince años después, en 1972, después de una reunión de historiadores celebrada en Potosí, en opinión de Crespo, esta separación era bastante seria: "Con Gunnar guardaba ya, la distancia que imponía aquella indiferencia", anota molesto en su diario. Todo quedó arreglado, sin embargo, en una posterior reunión celebrada, subsiguientemente, en La Paz. Cuando nada parecía anunciar lo que iba a suceder, acercándose Gunnar, cuenta Crespo, me dijo, algo meditado ya. "Alberto, más de una vez he pensado que deberíamos tutearnos". Por toda respuesta improvisada, Crespo recuerda que le dijo: "Me voy a poner a llorar". Estaba muy cerca a decirle: favor que me haces. Desde entonces mejoraron los tratos mutuos entre ellos y hasta creció la amistad posteriormente, aunque no en el interés profesional del trabajo histórico. Mendoza iba envejeciendo en la fatiga del Archivo y la Biblioteca, ocupado siempre en la organización de los documentos que faltaban ordenar; entretanto que Crespo, catedrático, por entonces, de la carrera de historia de la universidad de La Paz, trabajaba en la creación del "Archivo de La Paz" y estando ocupado en cuestiones como éstas, no tenía tiempo para atender las sospechas de "indiferencia" de parte de Gunnar que Crespo extrañaba en demasía.

En una otra reunión que tuvieron los historiadores, esta vez en La Paz, todo había cambiado de modo inesperado. Al ofrecer sus palabras de salutación al grupo, Gunnar Mendoza sorprendía a todos —incluidos los historiadores extranjeros— con una declaración expresa: "Los encuentros más importantes de mi vida intelectual fueron con Lewis Hanke y Alberto Crespo Rodas". A continuación caminaba dirigiéndose hacia estos, para abrazarlos, Los recuerdos de la escena vivida son de Crespo; no se conoce si Mendoza llevaba algún diario personal.

Poco ganó la historia escrita con las conversaciones sostenidas entre éstos, pues no ha quedado nada que sea importante para el país. Todo se redujo a estos episodios aislados. Años después, en reciprocidad al elogio recibido, Crespo ponía en la dedicatoria de su libro "Alemánes en Bolivia", estas palabras de consagración profesional: "A Gunnar Mendoza, Tambor Mayor de la Historiografía boliviana". Cuando Gunnar encontró después las partes del libro que faltaban, hasta completarlo, el Tambor Mayor pasó a llamarse Comandante, y su libro: Diario de un Comandante de la independencia de América Latina. Mientras combatía, Santos Vargas, comandante de la guerrilla, escribía sobre los hechos más importantes de la guerrilla desde 1814 en Oruro, hasta la proclamación de la independencia de la república en Sucre y los primeros años de la república.

Crespo no recibió la noticia de su muerte con una reseña de su vida ilustre. Empero dejó escritas estas palabras que hacen de puntillazo a su obra al final de sus días: "Siempre he

lamentado que su obra escrita sea relativamente corta y no deje más testimonio de su saber". (T. C., p. 254).

CUARTA PARTE

BREVE TRAYECTORIA DE SUS ACTIVIDADES POLÍTICAS

-De la soledad de su vida adolescencia al Centro de los Amigos de su Cultura.

- Los escritores republicanos de España.
- El Congreso de Izquierdas de Oruro.
- La lucha contra el fascismo.
- Trotsky atrajo siempre su admiración.
- Un encuentro con Raúl Haya de la Torre.
- Shakespeare, Cervantes y Homero.

El programa del Partido de la Izquierda Revolucionaria se inspira en los postulados fundamentales del marxismo, base inexcusable de cualquier política verdaderamente socialista.

JOSÉ ANTONIO ARZE
Introducción sociológica al programa
y al estatuto orgánico del PIR.
1941

DE LA SOLEDAD DE SU VIDA ADOLESCENTE AL CENTRO DE LOS AMIGOS DE LA CULTURA.

No existe una fecha establecida de cuándo la familia Crespo-Roda se salió de "El Paraíso" para marcharse a la zona de San Pedro de la ciudad. Este cambio oportuno fue de la mayor importancia para el futuro de Alberto. Con él se separan infancia y adolescencia, echando luz sobre las transiciones que se van dando en su vida. "No era el suburbio, apenas Tembladerani", comenta de su nuevo barrio. La "chiquillada" a la que se une en San Pedro, marca la fase biográfica de sus actividades en su nueva residencia. La chacra, los campos verdes, los senderos flanqueados por árboles de "El Paraíso", ya no existen más, rodeando sus tempranos años de la infancia. Tampoco las emociones de los primeros años. Le siguen tiempos nuevos, suficientes para darse cuenta del drama que pasaban los habitantes de la ciudad, del barrio y su casa. (T.C., p. 14)

Nunca se ha revelado a qué "drama" se refería Crespo. 1927 ya no era un año liberal, tampoco un año republicano. Gobernaba el régimen nacionalista de Hernando Siles, que algo había mejorado la situación aunque sin variar la crisis creada en el hogar de los Crespo por el saavedrismo, con el golpe de estado de 1920.

La vida adolescente de Crespo se hizo gozosa en San Pedro. Ella llegó con nuevas amistades ganadas entre los muchachos del barrio. Alberto consideraba a San Pedro un lugar un tanto alejado de la "gran aldea de La Paz". Sin embargo, tenía su "modo de ser" un espíritu propio, diferente a otras zonas de la ciudad.

Con las alegres mocedades en los primeros años de la juventud inquieta se fue formando un grupo unido de amigos que con los años se fue transformando en un movimiento de ideas y opiniones, el primero que conoció. Por no tener un nombre, expresamente elegido, se le llamó "Amigos de la Cultura". Los "amigos" eran, entre otros, Ricardo Bonel, Pepe Ballón, Alfredo Otero, Guillermo Soria y Alberto Crespo, los principales. Esta fue la escuela de entrenamiento para asumir las futuras actividades políticas propias a su cambiante edad. De la rutina de los juegos comunes y de la perseverancia en ciertas costumbres formales de juventud, empezaron aquí las primeras lecturas y los rápidos cambios de opinión sobre las formas elementales de la iniciación literaria. Pasados algunos años estuvieron leyendo ya a

algunos escritores, un tanto extraños, que no eran los habituales que se conocían en Bolivia, como los frecuentados libros de Verne, Salgari y los fabulistas griegos; o los autores franceses de moda como Alejandro Dumas, Anatole France y otros; menos a los naturalistas, tan famosos como Zola, los realistas de la escuela de Flaubert o psicologistas de Stendhal o los maestros rusos del cuento y la novela. Los "Amigos de la Cultura" leían a Hamsun, Kafka, Rimbaud, Amiel, Proust. Muchos de estos grupos que por se formaban en los barrios son ahora completamente ignorados. Pero, se sabe de los movimientos más conocidos como "Palabras Libres" organizado por Chirveches y Arguedas, fue disuelto por el gobierno y casos como el de "Bandera Roja", "Antawara" y otros con Cerruto, Valdéz y otros, cuya actividad fue perseguida. Por otra parte, los periodiquillos, revistas y folletos, que llegaron a publicar, desaparecieron hasta de las bibliotecas.

LOS ESCRITORES REPUBLICANOS DE ESPAÑA.

Aunque perdida para el pueblo español, la guerra civil española sirvió para separar, internacionalmente, al fascismo latinoamericano del republicanismo democrático de América Latina.

Mirando hacia atrás, en la perspectiva de los años, Crespo Rodas estimó positivamente a este acontecimiento: "Ella tuvo una influencia muy intensa en mi vida". (T.C., p. 67). Despertó en él, al antifascismo.

De los escombros de la destrucción masiva de España habían salido, a pesar de todo, vientos nuevos. Alberto Crespo estaba en los 19 años cuando empezaron los combates contra el franquismo que movilizó a los moros para entrar en tierra española y atacar a la república. La guerra civil despertó, pues, en Crespo Rodas, la consciencia de la justicia, la libertad y la democracia. Vivía con la España destruída la edad en la que a la juventud le duelen las injusticias y las desigualdades y no los concebía otra ubicación que ponerse al lado de los patriotas, recuerda en sus memorias. En el sacrificio de España basé mi odio al franquismo, afirmó después, el joven estudiante. En La Paz se formó una sociedad de escritores en apoyo de los republicanos; consideró que Bolivia debía estar del lado de éstos. El asesinato de Federico García Lorca, recuerda, me convenció más en mi repudio al nacionalismo español. Luchaban, de un lado el militarismo franquista, el nazismo alemán y el fascismo italiano, y de otro, los pueblos y sus intelectuales. Tenía que estar Crespo con los Machado, Unamuno, Araquistáin, Azaña y la "inteligencia" española. Y, así fue. En estos años leyó los libros de la guerra civil. "Leí con avidéz los libros de la guerra civil", de André Malraux, "La Esperanza"; de Hugh Tomas, "La guerra civil española"; de Manuel Azaña, "La Jornada de Benicarló"; de Ernest Hemingway, "Por quién doblan las campanas"; de Pietro Nenni, "España" y una bibliografía amplia sobre las Brigadas Internacionales que participaron en la lucha contra el franquismo. Su oposición al totalitarismo se reforzó con los acontecimientos de España.

EL CONGRESO DE IZQUIERDAS DE ORURO.

Después que el pre- fascista republicanismo saavedrista se hizo del poder con el golpe de estado de julio de 1920. Hernando Siles alentó un nacionalismo burocrático desde su gobierno: la política boliviana, desde entonces, empezó a flotar sobre los tonos más diversos de los grupos nacionalistas. El atraso político y la confusión ideológica fueron tales, en estos años, que además de crearse estos grupos, surgieron otros con el nombre de socialistas, nacionalistas y revolucionarios, al mismo tiempo que tomaban cuerpos organizaciones anti-imperialistas, anticapitalistas, izquierdistas, con de programas en "apariencia" comunes. Esta proliferación impuso la necesidad de esclarecer la política boliviana, fijarle principios y discutir programas. El Congreso de Izquierdas celebrado el 26 de julio de 1940 en Oruro, tuvo esta finalidad, separar a la izquierda del nacionalismo. Asistieron a éste, la casi totalidad de representantes de las organizaciones populares, obreras, gremiales, campesinas, universitarias, cívicas y patrióticas, agrupaciones políticas regionales y otras más. El congreso fue el mayor acontecimiento del despertar político boliviano después de la guerra con el Paraguay. Agentes del ministerio de gobierno y bandas de falangistas llevadas a Oruro asaltaron la sede congresal. Pero, la reunión superó el incidente creado y llegó a fundar el Partido de la Izquierda Revolucionaria; consiguió elegir a sus dirigentes y aprobar sus principales documentos, constitutivos. El congreso terminó en medio de choques campales, la persecución de los delegados, su detención y finalmente, el confinamiento. José Antonio Arze,

Ricardo Anaya y Alfredo Arratia, salieron de esta reunión convertidos en los jefes del nuevo partido y en los nuevos líderes de la nación.

Con el espíritu, aún fresco, de los hechos producidos en España, Crespo Rodas se decidió por la nueva causa. "Sabía del prestigio de José Antonio Arze, comenta en el diario que va llenando con anotaciones. Carlos Romero, Director de la Biblioteca Nacional de Lima, "nos dijo, a mis padres y a mi hermano Alfonso, que Arze había leído, un "número impresionante de libros", durante su proscripción. Un año después contra la izquierda se fundaba en La Paz el Movimiento Nacionalista Revolucionario que, desde su periódico "La Calle", recuerda, "defendió la causa del nazifascismo", (T. C., p. 69).

Las cartas de la decisión política de Crespo estaban echadas sobre la mesa. "Un día hablé a Álvaro (Bedregal) de mi deseo de ingresar al partido. Presenté mi petición, se acordó una entrevista con Ricardo Anaya" y quedé incorporado a la lucha por la causa de la izquierda.

Había estudiado con detenimiento, la "Introducción Sociológica al programa del PIR" de Arze. En ella se decía: El socialismo científico de Marx y Engels era el único socialismo verdadero. La lucha de clases estructuraba a la humanidad. El PIR reservaba su independencia nacional dentro del socialismo mundial. Estaba, Crespo, de acuerdo con la interpretación de la realidad boliviana por el marxismo. Los partidos tradicionales constituídos por el partido liberal y el partido republicano constituían una traba para el desarrollo nacional. El militarismo boliviano creado por Santa Cruz y liquidado en la guerra del Pacífico, hizo fácil la pérdida de la costa marítima boliviana a manos de la agresión chilena. La postguerra fue de penetración chileno-inglesa sobre las riquezas naturales de Bolivia —minería y gomales— y el tendido de ferrocarriles a través del contrato Speyer.

La "Introducción sociológica" dejaba señalada la penetración financiera norteamericana que tuvo lugar a través del contrato Nicolaus y las concesiones petrolíferas a la Standard Oil. La guerra del Chaco era caracterizada como la confrontación producida entre la Standard Oil Co. y la Royal Dutch. Tras la pérdida de la guerra ante el Paraguay, por los republicanos, se instalaban en el poder los militares que habían perdido más de doscientos mil kilómetros de territorio en el sudeste. Crespo quedó conforme con esta explicación de Arze.

Estudió también la Declaración de Principios presentada por Ricardo Anaya al congreso, según el cual era perfectamente aplicable el socialismo en Bolivia aunque no existiera un capitalismo desarrollado ni el movimiento obrero estuviera muy organizado. Que, la lucha de clases estaba tan presente en Bolivia como en otros países, que ella conducirá a la revolución democrática dirigida por la clase obrera, los campesinos y las clases populares.

La izquierda tenía en el M.N.R. a su peor enemigo histórico. A estos años pertenece también sus estudios de los documentos del PIR, particularmente, "Hacia la Unidad de la Izquierda en Bolivia" (1938), aprobado en Santiago de Chile por los desterrados bolivianos, durante la dictadura de Germán Busch. Entre otras lecturas de estos años estaban los libros de Aníbal Ponce y José Carlos Mariátegui. Alguna lectura comunista chilena y argentina. En estos años de aguda censura no era fácil encontrar en las librerías los libros de los fundadores del socialismo científico.

El trabajo político de Alberto Crespo se hizo, entonces, notorio. A causa de esta rápida consagración llegaron una y otra detención y confinamiento. No era el azar, ni el destino, era la lógica de los hechos en la lucha contra los avances del fascismo en Bolivia. Hoy se sabe muy poco, o talvez nada, de esta lucha del PIR por la democracia boliviana. El mérito de la izquierda, entre 1938 y 1946, fue contener la avalancha nazi. El objetivo fue logrado completamente aunque el PIR no llegó, al término de esta campaña, al gobierno. El fascismo debilitado por el PIR, dejó de ser un peligro para el país. Ganada la guerra mundial y destruida la Alemania hitleriana, el peligro ya no fue, sin embargo, el nacionalismo sino la izquierda. En esta conversión de la historia mundial en la postguerra trumaniana, el PIR siguió insistiendo en el antifascismo, cuando el fascismo ya había sido derrotado y pasaba a formar parte del frente anti-comunista internacional al lado del imperialismo. De fuerzas aniquiladas, los nacionalistas se convirtieron en fuerzas aniquiladoras. Contra el PIR se lanzaron el falangismo, trotsquismo, movimientismo, los liberales y republicanos. Entonces la derecha sufrió un gran cambio. La derecha conservadora y tradicional representada por liberales y republicanos, fue puesta fuera de la historia y, en su lugar, el movimientismo empezó a crecer como la renovación de una derecha actualizada que venía de las filas anticomunistas del fascismo. Los veinte años de preparación del pueblo para lanzar su revolución en Bolivia contra la rosca, se perdieron en la

captura del gobierno por el MNR el 9 de abril de 1952 que formó su primer gobierno con representantes del MNR, la policía, disidentes de la Falange y agentes del gobierno entre los campesinos y los obreros. La "revolución nacional" empezó por este camino "revolucionario".

Las bases planteadas por la izquierda consistían en definir el carácter democrático popular que debía tener esta revolución. Crear una economía socialista, formar la conciencia social nacional, crear la solidaridad internacionalista con otros países del área del Pacífico, integrar al país para impedir el regionalismo; dar fin con la explotación imperialista y la dominación de la gran minería patifista.

LUCHA CONTRA EL FASCISMO

La decisión tomada por la izquierda boliviana, el año 1939, de unir a los grupos políticos democráticos existentes en el país en un solo gran frente nacional antifascista dio nacimiento al PIR, en el congreso de julio de 1940. La respuesta política inmediata de los adversarios del PIR fue la fundación del Movimiento Nacionalista Revolucionario un año después, en 1941. Si el PIR organizó a los sindicatos y a las organizaciones populares, el MNR se vinculó a la logia militar RADEPA, a otros grupos filofascistas y fundó el periódico "La Calle" de tendencias antijudías, pronazis y antidemocráticas. El 20 de diciembre de 1943 la alianza MNR-RADEPA atrapó el gobierno mediante un golpe de estado militar. Entre el PIR y el MNR se abrió, entonces, una lucha frontal; las persecuciones y encarcelamientos de los dirigentes sindicales y políticos de la izquierda por el MNR, entraron en el orden del día.

Al mes de la instalación del nuevo gobierno empezó oficialmente la represión. Alberto Crespo Rodas cayó en la mira, uno de los primeros, de la policía política. Fue detenido su hermano Alfonso Crespo y la policía requirió su domicilio. Cuando Alberto Crespo se presentó a la policía en demanda de garantías, allí mismo fue detenido. En enero siguiente partía hacia Oruro en calidad de detenido. Era el confinamiento. De Oruro fue enviado a Corque, capital de la provincia Carangas, sobre la frontera "desértica, árida y despoblada" de Chile. Este fue el comienzo de un período de desventuras que le hicieron escribir, en su diario: "Me ha tocado vivir... (desde entonces)... esas formas de existencia de las que es imposible escapar como si formaran un destino".

Alberto Crespo y sus compañeros del Centro de amigos del libro, de San Pedro, fundaron dentro del PIR, la "Célula José Carlos Mariátegui", una organización comprometida en la lucha frontal contra el MNR.

La participación de Crespo en la lucha contra el gobierno Villarroel-Paz Estenssoro fue activa e intensa. Estaba firmemente convencido que su posición era democrática al oponerse al fascismo.

SEMBLANZA DE JOSÉ ANTONIO ARZE.

De todos los líderes que tenía la izquierda después de su fundación en 1940, quien llegó primero a adquirir rápido prestigio fue José Antonio Arze, abogado de profesión pero sociólogo de convicción. Profesor desde temprana edad enseñaba en las sedes sindicales de Cochabamba, haciéndose popular. Pero, fue la presidencia de la Federación Universitaria Boliviana (CUB) la que elevó su imagen ante la nación con un sano y limpio re-nombre de hombre brillante y capaz, en la defensa de los derechos populares y las organizaciones sindicales. Arze era conocido ya, desde estos años, en la política latinoamericana por su personalidad abierta, culta y emprendedora.

Crespo Rodas estuvo muy cerca de su liderazgo en La Paz. Esta relación le permitió captar los rasgos de su personalidad. La semblanza que Crespo Rodas dejó de José Antonio corresponde al año 1944, probablemente, después del atentado criminal del que fue víctima por agentes de la policía política. "Conocí a Arze al volver de Corque", anota en sus memorias. Corque era la capital de la provincia Carangas del departamento de Oruro. Crespo retornaba a La Paz después del primer su confinamiento que soportó. La impresión que tiene del líder es puramente intelectual. "Más bien bajo, muy delgado, con la frente prominente, nervioso, fumaba todo el tiempo. Una tez medio transparente y pálida. Su cabello, casi rubio, comenzaba a ralear, hasta insinuar comienzos de calvicie. Sus manos delgadas y finas delataban algo parecido a una constante inquietud. Andaba cubierto con un sombrero y llevaba un sobretodo negro y gastado". (T. C., p. 77).

Muy cerca de Arze, en estos días, Crespo Rodas tuvo la suficiente calma para describir su personalidad con detenimiento. "No era un hombre comunicativo —anota en "Tiempo Contado"—, su exposición era seca y cortante, pero muy precisa. Una de sus cualidades era, sin duda, su capacidad de síntesis. Sus conocimientos llegaban al nivel de la erudición, pero nunca se jactaba de ellos. Jamás hablaba de frivolidades; eran ideas, libros y ante todo la acción del partido". (T. C., p. 78). "Daba la impresión de una gran honradez, decisión y sinceridad". (T. C., p. 79). Este retrato sale de una visión fría, captada probablemente en 1945. Los rasgos salientes de su fisonomía están tomados por un observador paciente. Ellos carecen de todo ingrediente emocional.

Crespo Rodas fue uno de los que más cerca de Arze se encontraba cuando el PIR luchaba y crecía. El testimonio que da es importante, por esto, para conocer su situación. Se ha dicho por ahí que en La Paz Crespo Rodas hacía de su secretario para atender los asuntos políticos en la casa de Álvaro Bedregal. Pudo ser cierto o no, pero su conocimiento de esta familia tiene trazos de veracidad cuando cuenta: "José Antonio vivía con su madre en un departamento de planta baja en la calle Independencia, a unos veinte pasos de la avenida Perú. No eran más de cinco habitaciones, algunas con ventana a la calle. No había que fijarse mucho para darse cuenta que se trataba de una familia de escasos recursos y en la que Arze era una especie de alojado que podría dejar la casa en cualquier momento. No tendría más de dos ternos y un sobretodo y se veía que lo único que le pertenecía eran unos libros y papeles. De una u otra manera, hacía quince años que vivía fuera de Bolivia, entre el exilio y la persecución"... "Sus enemigos no eran los individuos, sino los males, llámense injusticias o pobreza". (T. C., p. 78).

El PIR tuvo en su corta vida —una década— hasta tres fases estratégicas conocidas. La de la "liberación nacional anti-imperialista" aprobada desde su fundación en 1940; la de la "lucha contra el fascismo" más o menos a partir de 1943, año en que el país sufrió el golpe de estado contra Peñaranda y la del apuntalamiento del "Frente Democrático", desde el atentado a J. A. Arze hasta la eclosión social revolucionaria del 21 de julio de este año.

Las apreciaciones posteriores sobre el desmoronamiento de los partidos tradicionales de la derecha y la reasunción del gobierno por el golpe de estado militar del general Hugo Ballivián en mayo de 1950, marcan un proceso que concluye con la disolución del PIR, la creación del Partido Comunista por los sectores más radicalizados de esta izquierda y la conspiración en vasta escala del movimiento nacionalista revolucionario.

En abril de 1952 Crespo Rodas trabajaba en el servicio de Relaciones Exteriores. Su crítica del PIR se hizo insinuante: "Era un partido colocado, en cierta forma, fuera de la realidad". En otro lugar de sus memorias sostiene que el partido nunca llegó a captar el apoyo que esperaba de los sectores campesinos, obreros y otros, a los que se dirigía como objeto de su liberación.

Entre 1940 y 1946, el PIR se convirtió, muy rápidamente, en un poderoso partido. Llegó a alcanzar el principal papel protagónico en la política nacional. En torno a él se reunieron las organizaciones populares y sindicales en su lucha contra la reacción interna, expresada, con distintos matices, por la Falange Socialista Boliviana, el M.N.R., RADEPA, organizaciones menores como CEHAGA, Estrella de Hierro, etc. Derrotadas, Italia, Alemania y el Japón, hubo un nuevo reordenamiento político mundial, en torno al anticomunismo. El PIR quedó solo y el nacionalismo, apoyándose en este nuevo alineamiento internacional, empezó acrecer. El PIR no supo descubrir, rápidamente, en esta transición, que el Partido Liberal y el PURS, estaban siendo substituídos por otras fuerzas políticas de relevo. Al caer éstos, el PIR cayó también con sus aliados. El año 1952 fue de triunfo absoluto del nacionalismo. Cuando se dieron cuenta que el mismo patifismo —el superestado minero— estaba siendo quebrado en los EE. UU. ya fue tarde para cambiar de posición. La Insurrección barría con la "rosca" en las calles para constituirse el MNR en el nuevo poder en el país. Hasta 1952 la Patiño Mines no había podido ser doblegada. El 52 fue la gran oportunidad para derrotarla con la nacionalización de las minas. El anudamiento interno e internacional de los negocios mineros del estaño tomó forma en la COMIBOL: El estaño cambió de mano con ella.

TROTSKY, ATRAJO SIEMPRE MI ADMIRACIÓN.

Las primeras lecturas de la prensa internacional acerca del papel cumplido por Trotsky en la revolución bolchevique fueron siempre fragmentarias. En La Paz, la prensa minera —"La Razón" y "El Diario"— seguían de cerca las acciones revolucionarias que tenían lugar en Rusia. La figura de Trotsky se hizo legendaria a la cabeza del ejército rojo. Pero, lo que además de esta fisonomía, hacía subir su personalidad, era su fama de gran escritor. Sus grandes obras, entre éstas, "Mi Vida", "Historia de la Revolución", "La revolución traicionada", circularon por todo el mundo. Crespo Rodas dice que las leyó con admiración. De ningún otro maestro de la revolución habló con tanto fervor. Lo reconoce, ampliamente en el trazo que transcribimos: "Trotsky, de quién había leído esa obra maestra autobiográfica que es "Mi Vida" y otros libros, atrajo siempre mis admiraciones. Era el intelectual, la figura brillante de la revolución bolchevique, amurallado en una posición ideológica pura, y por esto mismo, utópica. Había perdido la partida frente a Stalin, pero eso no había ido en su desmedro. Se había convertido en el gran exponente del hombre perseguido, acosado y sin patria". (T. C., p. 159).

Hay, en este comentario, mucho de la condición de exiliado que Crespo Rodas tiene presente porque vive, en ciertos momentos difíciles como indocumentado, en Francia. En el exiliado boliviano hay simpatía por el exiliado soviético, no por su causa —ya antisoviética entonces— sino por su condición política humana. Cuando visita en Coyoacán la Casa de Trotsky, le asalta la sospecha de no haber existido precaución al buscar refugio en un lugar alejado de la ciudad, desprotegido y expuesto a cualquier atentado. Hay una cierta solidaridad con esta desventura y una extraña asociación con la situación de José Antonio Arze en Bolivia. En Coyoacán "pensé en J. A. Arze" anota en su libreta. Su "manía de lectura", como le llama a su capacidad de estudio, le llevó a leer todo lo referente a la muerte a del líder soviético. Lo que no hay en estas notas, es una referencia teórica sobre su posición ideológica. A la muerte de Lenin y a la gran hostilidad que la prensa internacional le tiene a Stalin, quedaba Trotsky como la figura soviética en aquellos años. Un grupo de trabajo de la Facultad de Economía reunió en 1986 un cuaderno de 300 páginas con noticias de Trotsky publicadas en Bolivia. No se ha practicado igual trabajo sobre otros líderes, pero el caso de Trotsky es notable.

ENCUENTRO CON HAYA DE LA TORRE EN LA CLANDESTINIDAD.

De la totalidad de escritores bolivianos del siglo XX, el caso de Crespo Rodas es acaso la excepción, al no estar vinculado a Chile o la Argentina. Parte importante de su exilio está asociado a Lima, donde conoció a la intelectualidad peruana, particularmente, a sus historiadores: Macera. Tauro, Sánchez. De Negri, y otros.

Encontrándose en el Perú habría sido incomprensible que no conociera a su personalidad más conocida: Raúl Haya de la Torre. Consignó, pues, una entrevista con éste, burlando la clandestinidad.

Vivía el líder aprista oculto cuando se presentó la oportunidad de un encuentro con Haya, a través de un enlace político. Recuerda las circunstancias en las cuales Haya de la Torre apareció ante él, acompañado de un boliviano. "Lo abrazamos emocionadamente", anota en su diario. Estaba en los 40 años. Estatura alta, constitución corpulenta, vigoroso, vital". El pasado casi legendario de Haya es apenas referido. No anota sobre los "temas que tocaron en la reunión. "Nos retuvo —sin que lo hubiéramos esperado— hasta las dos de la mañana". (T. C., p. 58-59).

De esta visita quedó recuperada esta fragmentaria conversación: "No he olvidado que uno de los temas que tocó largamente fue el espectro de épocas que de manera sincrónica presenta el Perú, como también otros países sudamericanos"... "Le oíamos absortos". Nada más.

SHAKESPEARE, CERV ANTES, HOMERO.

Crespo Rodas estuvo preso, muchas veces, por sus actividades políticas opuestas al gobierno de Villarroel. Cada confinamiento, unas veces, a Carangas, sobre la frontera de Chile; otras, a la Isla de Coati en el Lago Titicaca, o a los Yungas, fueron de trato cruel; recuerda que

en estos sitios, leía libros, daba charlas a los presos o debatía con las amistades nuevas que hacía.

Shakespeare fue, entonces, su poeta predilecto. Consiguió que el libro entrara a la prisión por mediación de su padre que se lo envió desde Copacabana; Era una edición de las "Obras Completas", en cuyo tomo se encontraban "Julio César", "Hamlet", "Coriolano", "Sueño de una noche de Verano", "Medida por medida". "En Coati, la isla prisión, inicié mi conocimiento del dramaturgo inglés", recuerda en sus memorias. Apreciaba su genialidad, añade. "De acuerdo a mi hábito un tanto obsesivo, hice varias relecturas y aprendí de memoria largos pasajes de los libros de este dramaturgo".

Leyó a Don Quijote de la Mancha en otra prisión, en Corque. A comienzos de enero de 1944, Crespo fue detenido, enviado a Oruro y de aquí confinado a Corque, un pueblo de la provincia de Carangas, región, anota, "desértica y despoblada". Teníamos, apunta, unos cuantos libros, entre éstos, Don Quijote de la Mancha que empezamos a leer con entusiasmo; era lo único que se podía hacer allí. La Iliada y la Odisea, fueron leídas, según recuerda, en su "odisea" del exilio en Lima, junto a otros compañeros de la universidad, conjugando historia y literatura épica. Nada hay más aprovechado que leer en la prisión cuando la buena concentración permite asimilar hasta la última palabra del texto. Crespo leyó a estos clásicos en estas difíciles circunstancias.

QUINTA PARTE

LA CRISIS CULTURAL DE LOS AÑOS 50

- La gran crisis cultural de medio siglo XX.
- Lecturas marxistas de juventud.
- Golpismo palaciego, oligarquía terrateniente y rosca minera.

- La decadencia de Bolivia.
- Los que nos derrotaron fueron oportunistas.

El programa del Partido de la Izquierda Revolucionaria se inspira en los postulados fundamentales del marxismo, base inexcusable de cualquier política verdaderamente socialista.

JOSÉ ANTONIO ARZE
Introducción sociológica al programa
y al estatuto orgánico del PIR
1941

LA GRAN CRISIS CULTURAL DE MEDIO SIGLO XX.

El "stablishment" boliviano de medio siglo, sostenido por la oligarquía, amenazaba derrumbarse ante las gravísimas señales de tormenta social que se presentaban en la perspectiva pre-revolucionaria de 1952. La sociedad convulsionada de los republicanos se hallaba revuelta en el caos social y en una descomposición política emergente que se hizo, finalmente, total, el 9 de abril de este año. La oscura proyección del pasado atemorizaba al presente sin dejarla respirar, inmovilizándole; el futuro viviente que se anunciaba comprometido con la atmósfera de la guerra civil anterior, la amenaza con la toma de las minas, las masacres y los golpes sucesivos de estado, desahuciando toda posibilidad de alivio para el país. Bolivia estaba ya preparada para una explosión social incontenible. Esta "revolución" llegó cuando Crespo Rodas se encontraba fuera del país, en Roma, como Agente Financiero de la Embajada. El despacho de la Associated Press decía el 9 de abril de 1952: "En Bolivia acaba de producirse una revuelta". Así es como se veía la situación de Bolivia fuera del país. Pero, lo que sucedía fue algo mucho más colapsante que una simple revuelta. El 9 de abril fue el fin de una época de revueltas que se producían sin interrupción desde la postguerra del Chaco, con Busch, Toro y Villarroel.

Pocos lo vieron así, entre éstos el renunciante Agregado de Negocios, Crespo Rodas, que un mes después, ya en Ginebra, tuvo la fortuna de ver con lucidez la historia cuando resumiendo los hechos pasados de Bolivia desde hacían muchos años atrás, sacaba esta conclusión: "Nos pusimos de acuerdo (con su hermano Alfonso) en que se trataba de un verdadero cambio...(no todo cambio es positivo), y convinimos en que muchas cosas ya no serían más en Bolivia como habían sido hasta entonces". (T. C., p. 144).

Cesante en el cargo que tenía y ante la perspectiva de que el proceso del nuevo orden duraría siquiera una década, según los cálculos hechos, entró en planes para enfrentar las "emergencias políticas que afectarían por largo tiempo mi vida", de acuerdo a las confidencias que tenía con la historia dramática que transcurría.

El gobernante Partido de la Unión Republicana Socialista, PURS, —una coalición de remanentes de todos los partidos republicanos en extinción, saavedristas, salamanquistas, gosavistas, hertzoguistas— había llegado al tope de su desmoronamiento histórico como instrumento político de la gran minería. La diplomacia boliviana había servido sólo para remendar los agujeros de la desarticulación y desintegración que padecía la república. Los ejes congresales y ministeriales tenían agotadas todas sus posibilidades de subsistencia. Desde la guerra del Chaco hasta los años cincuenta y dos, hubieron doce cambios de gobierno —Salamanca, rejada Sorzano, Toro, Busch, Quintanilla, Peñaranda, Villarroel, Monje Gutiérrez, Hertzog, Urriolagoitia, Ballivián, Paz Estenssoro—. La gran minería patifista tenía la totalidad del poder a través de este decadente PURS. Una guerra civil en 1949, masacres en las minas, fraude electoral masivo, persecuciones con ley marcial, condujeron a la nación al 9 de abril de 1952 que fue la más grande conmoción social y explosión política desde la guerra civil de 1898-99. La crisis cultural no era sólo una extinción de movimientos culturales, sino el hundimiento de la sociedad en el analfabetismo, la desurbanización, la decadencia educativa, la pérdida de valores nacionales en la ciencia, la literatura, la filosofía.

LAS LECTURAS MARXISTAS DE SU JUVENTUD.

La ausencia de una sólida formación marxista en la izquierda boliviana fue la causa mayor de todas las frustraciones que sufrió el partido de la izquierda revolucionaria y las organizaciones socialistas que le antecedieron. Con el nuevo siglo XX que surgía en Bolivia llegaron también las primeras manifestaciones políticas marxistas. "La Vanguardia" de Buenos Aires dió algunas noticias como ésta: "El elemento socialista existe (en Bolivia) con tendencias definidas desde 1903". Cita el caso de la Sociedad Agustín Aspiazú como la "iniciadora y propagadora eficaz de estas ideas" en La Paz. La primera guerra mundial (1914-1918), sacó a la luz los nombres de los primeros dirigentes laborales de tendencias marxistas que trabajaban en las minas y federaciones obreras de Oruro y Potosí. En 1918 quedaba fundado el Partido Socialista dirigido por miembros de la Federación Obrera de La Paz Enrique Salvatierra, N. Maceda y Carlos Mendoza. Este socialismo llegó hasta la Cámara de Diputados y el Consejo Municipal. La reforma universitaria boliviana de 1928, impulsada por los estudiantes, distingue a José Antonio Arze y Ricardo Anaya, como líderes del marxismo universitario, activo y luchador. Entrando en 1936 los dirigentes más resueltos del Partido Socialista crean el Partido Laborista. con Carlos Mendoza su principal dirigente a la cabeza de organizaciones comunistas, particularmente del campo sindical. La guerra del Chaco destruye, entre 1932 y 1935, a los movimientos populares, pero en la postguerra, aparecen grupos trotskistas con Tristán Maroff, por un lado y Aguirre Gainsborg por otro. Un grupo de emigrados bolivianos, radicados en Santiago de Chile, organizan la izquierda boliviana compuesto por José Antonio Arze, Gabriel Moisés. Mario Rodríguez y otros.

El Congreso de Izquierdas de Oruro, el acontecimiento mayor que se dio en Bolivia, une a todas las organizaciones populares, sindicales y políticas en un solo partido orgánico que se identificó con la izquierda revolucionaria liderizado por José Antonio Arze.

Tenía 23 años de edad cuando Crespo Rodas supo de la existencia de este partido creado por "un centenar de calificados dirigentes sindicales, universitarios y trabajadores el 26 de julio de 1940". (T. C., p. 71). El congreso terminó con un ataque general a tiros a la asamblea reunida por gente del ministerio de gobierno del régimen militar conservador del general Enrique Peñaranda, con la intervención armada de la Falange, grupo paramilitar pro-franquista. Pero, no hubo desconcierto y el congreso pudo ser fundado poco antes de la

dispersión producida. Muchos cayeron heridos en el enfrentamiento y muchos más fueron detenidos por la policía. La dirigencia fue capturada y enviada al confinamiento. Un grupo partió a Roboré, llevándose a José Antonio Arze, Lucio Durán Boger, Mario Salazar, Valerio Arellano, Ricardo Anaya y otros más. Otro grupo fue conducido a la Isla de Coati con Wálter Alvarado, Josermo Murillo Vacarreza, Miguel Bonifaz P., Roberto Alvarado y otros. Un tercero al Chapare, con Waldo Alvarez y los dirigentes de las organizaciones sindicales.

Crespo Rodas era amigo de Mario Cornejo, Ricardo Bonel, Pepe Ballón, Oscar Soria, Alfredo Otero, miembros del PIR. A este grupo se adhirió jurando al nuevo partido. La posición democrática de la izquierda boliviana, situado al lado del pueblo, luchaba contra el fascismo.

EL GOLPISMO PALACIEGO, LA OLIGARQUÍA TERRATENIENTE Y LA ROSCA MINERA.

Las débiles élites de gobierno de la atrasada sociedad boliviana de medio siglo tenían perdida ya la brújula interna de la historia, después de la guerra del Chaco. Los terratenientes en el poder, en estado de extrema necesidad, pidieron a la ONU un plan de gobierno para Bolivia ante la extrema inestabilidad en la que se vivía en 1949, (guerra civil), masacres, fraude electoral, sangrientas represiones). Este plan fue aprobado en las NN.UU. y se llamó Keenseylyde, tomando el apellido del que la presidía. La Misión Keenseylyde debía gobernar Bolivia con facultades administrativo-ejecutivas. Gran parte de su numeroso cuerpo de asesores se encontraba ya en el país cuando estalló la insurrección del 9 de abril que la dejó sin efecto. Los republicanos habían hecho cesión gratuita de la potestad de gobierno; era la primera experiencia internacional de la ONU en la situación en la que se hallaba Bolivia.

La capacidad de la gran minería para cambiar gobiernos había llegado a su fin, con la decisión del gobierno boliviano de poner esta vez, en manos de la ONU este cambio de régimen. Del 46 al 52, habían sucedido hechos desconcertantes: asesinato Villarroel, en 1946, se hacía cargo del gobierno Tomás Monje Gutiérrez, en representación del poder judicial; convocadas las elecciones generales subía al gobierno Enrique Hertzog, jefe republicano, en 1947. El año 1949 el vicepresidente M. Urriolagoitia tomaba el mando de la nación, derrocando a Hertzog. En mayo de 1950, el comandante del ejército, Gral. Hugo Ballivián, echaba del gobierno a M. Urriolagoitia y se adueñaba del gobierno con el apoyo de La Patiño Mines. El 8 de abril, el Comandante del Ejército, general Antonio Seleme, desconocía al gobierno de H. Ballivián y asumía el gobierno nacional; pero las manipulaciones no habían terminado; al día siguiente, una conspiración de falangistas, movimientistas, la policía y la dirigencia de la COB lechinista, iniciaban acciones armadas para destituir del gobierno al General Seleme y poner en el mando del poder a Paz Estenssoro, candidato presidencial que había obtenido mayoría de votos en 1951. La falange se opuso y salió de la lucha. Habían pasado siete personajes por la silla del Palacio de Gobierno, en 6 años.

Abierta la primera página del nuevo gobierno, el futuro quedó a disposición del pazestenssoroismo, tendencia caudillista que se había hecho dominante por su oposición a la rosca, una creación del poder financiero internacional de la minería patifista.

La tumultuosa avalancha conspirativa que acabó con el republicanismo en abril de 1952 no tenía ninguna organización seria, capaz de reemplazar al viejo orden. Para conseguirla resolvió quitarle poder económico a los terratenientes con la organización de milicias campesinas y la dictación de la ley de reforma agraria. Nacionalizar a la gran minería patifista-aramayista-hochschiliana y ponerla a manos de la Corporación Minera de Bolivia, una empresa que se creaba, conectada al mercado y los intereses mineros de los Estados Unidos. De esta manera, la Patiño salía de Bolivia, por una puerta y dejaba a la misma vez, entrar por otro lado, a la COMIBOL, corporación que debía hacer las veces de la Sociedad de Industriales Mineros de Bolivia creada por Patiño en 1925. La COMIBOL empezó a hacer, desde 1952. la historia de la "revolución nacional" hasta 1985, año de liquidación de esta minería nacionalizada y de iniciación de la "nueva minería" neoliberal actual.

LA DECADENCIA DE MI PATRIA.

"Asisto a la decadencia de una patria que siempre fue muy endeble; hay gente que no lo quiere ver". (T. C., p. 205). Es así como, de pronto, parece asomar a la visión de Crespo Rodas, la imagen de trasfondo de Alcides Arguedas, con su verbo enfurecido, su desconsuelo y su resignación, también. Ya no era posible así contentarse con glosar debates pasados. Se

imponía la necesidad de sobrepujar al propio arguedismo. Estas fueron, entonces, sus ardidias palabras: "Me ha tocado vivir las circunstancias más significativas de la vida colectiva de los bolivianos, es decir, esas formas de existencia de las que es imposible escapar, como si formaran un destino. He conocido la prisión, el sobresalto y la violencia; he sido perseguido y vivido en el exilio. Conozco y he padecido todas las formas que es capaz de asumir la crueldad entre los bolivianos. Creo que la más dura es el hambre"... (T. C., p. 205).

Acusa a los que "pugnan para tener un predio donde usufructuar, figurar y mandar, en una palabra ser "caciques", y denuncia que "la gran atracción, la fascinación excluyente de los bolivianos es el ejercicio y disfrute del poder". (T. C., p. 206).

Empero, Crespo Rodas no quiso asemejarse a Arguedas, en esta crítica. Para señalar las causas de la decadencia, observa, habría que seguir otro camino. "infelizmente", advierte, "con prejuicios y animosidades" no es posible conseguir este fin. "Arguedas hizo un esfuerzo para esclarecerlas, esa fue la tarea de toda su vida, de sus obras históricas y aún de sus novelas". (T. C., p. 206).

Repugna, finalmente, "sentarse detrás de un escritorio, otorgar audiencias, conceder favores o negar expectativas, decretar privilegios u ordenar destierros y sobre todo escribir súplicas y cortesías, descubrir servilismos y delaciones"...(T. C., p. 206).

Crespo sin embargo, no avanzó como escritor, en esta posición crítica. Habla de "incapacidad de la clase dirigente", de la dificultad de "esperar que de un medio analfabeto pudiera surgir una élite verdadera". Admite que han habido hombres inteligentes, pero señala que éstos siempre han sido muy pocos.

Cuando regresaba a Bolivia en 1968, el estado de ánimo que traía era de incertidumbre. "Como sucede casi siempre, el veneno de la memoria acumulado en los años de ausencia había llegado a hacerme olvidar o atenuar el recuerdo de los infortunios, la pobreza y el atraso, la crueldad de la política que pesa sobre Bolivia y la evoca siempre con matices de nostalgia".

LOS QUE NOS DERROTARON FUERON LOS OPORTUNISTAS.

En una larga conversación sostenida en un café de París, Crespo Rodas y Alberto Trujillo, abrían rendijas para mirar a través de ellas el pasado, cuando en Bolivia declinaba la influencia de la izquierda y como absurda contradicción de la historia, cobraba fuerzas el nacionalismo. En 1952 una descomunal tormenta social sacudía al país desde sus cimientos. Era el entierro de una mitad del siglo de grandes catástrofes caídas sobre la nación, sobre el pueblo y el Estado. La otra mitad de siglo que se hacía presente, esperaba a pecho descubierto, el nacimiento de una nueva república, nueva sociedad y nuevo hombre. Empero, ni el pasado fue completamente sepultado ni el futuro abiertamente ganado para el progreso humano.

Crespo se encontraba en Roma en 1952 y no volvió a Bolivia sino en 1968 cuando en lugar del movimientismo se encontraban en el gobierno los militares. Crespo manifiesta en su conversación sentirse orgulloso de haber sido exiliado por un gobierno que había perdido el sentido de la historia. Era una causa honesta la del PIR, pero ahora ésta estaba ya perdida para la vida. Los que nos derrotaron, añadía, fueron unos oportunistas. Nadie podrá arrebatarme, en adelante, mi soledad.

¿Quién era Alberto Trujillo en esta historia contada? En 1947 había salido de Bolivia con una beca para estudiar ciencias en Francia. Militante conocido de la izquierda era figura importante como maestro y dirigente universitario. Todo en su vida estuvo relacionado con esta calidad. En el PIR fue un activista y en París trabajaba con organizaciones comunistas de educación. Crespo lo recuerda con sinceridad: Vivió siempre, dice, para sus ideas. Pero, la historia no lo acompañó, siguió un rumbo ajeno a sus convicciones. Escribió una novela —"Tierra de Angustias"— que fue leído en Bolivia. La versión que guarda Crespo de él, tiene estos rasgos. "Siempre me atrajo la originalidad en su expresión, sus criterios que no coincidían con los de nadie, el patetismo de sus relatos, sus arbitrariedades". (T. C., p. 194).

¿De qué hablaron Crespo y Trujillo aquel día en París? Temas como éstos, son siempre conmovidos, pero nunca satisfactorios. ¿Por qué el partido había perdido? Crespo

recordaba, mientras lo miraba, que había estado preso con Trujillo en el cuartel Calama en 1945 en "los peores días de la violencia radepista". "cuando ya le habían hecho ingerir una dosis de aceite de automóvil". (T. C., p. 194). El encuentro fue de recordaciones.

Veinte años después Trujillo estaba ahora en la Paz. Nadie le perseguía, recuerda Crespo. Nadie rondaba por sus refugios. Ya no tenía muchachos a quién saludar con el puño en alto. Frente a Trujillo, en un café del Prado, en la Paz, Crespo pensaba teniendo a su lado al amigo: "Haber expuesto la vida, conocido la prisión, el aceite "Sunoco", que si volvía al país la policía le esperaría con las esposas listas al bajar del avión y que ahora esos temores terminarían"... Crespo ve correr por sus recuerdos viejas imágenes de los años del "glorioso PIR", amigos en las "reuniones secretas", "militantes de la época de las catacumbas y las persecuciones", "compañeros de prisión", fue como si de pronto" reapareciera todo el partido". (T. C., p. 197-98).

Trujillo retornó a París y nunca más pudo volver, había muerto en aquella ciudad sin cumplir 'en su patria sus sueños igualitarios.

SEXTA PARTE

AÑOS DE CRITICA Y DE ANGUSTIA

- ¿Qué me impulsó a trasladar al papel mis recuerdos?
- En Bolivia no se escriben Memorias.
- La obsesión de la muerte.
- ¿Qué se debe retener en las Memorias?
- El azar y sus circunstancias.
- El azar en la vida de Crespo Rodas.
- Su obra en la universalidad.

"Lo que alarma en la situación espiritual de Bolivia es que el boliviano está llegando al borde de perder la confianza en sí mismo".

HUMBERTO PALZA

"El hombre como método"

1931

¿QUE ME IMPUSO A TRASLADAR AL PAPEL MIS RECUERDOS?

Hasta no hace mucho tiempo atrás, los que, creían haber concluido con sus actividades intelectuales, se ponían a escribir, con serenidad, sus memorias, confesiones, recuerdos, pensamientos, meditaciones. Ordenaban sus diarios, apuntes, libretas de trabajo y marcaban, con un punto final, su carrera de escritor. En su origen la memoria equivalía al dictado de un testamento cultural, a la disposición de última voluntad con la que se ponía fin a una vida dedicada al trabajo intelectual. Con las memorias se dejaba clausurado el ciclo final del trabajo iniciado tiempo atrás. Ella debía resumir la vida, revivir la intimidad guardada y satisfacer, con sus confidencias, los secretos pendientes de aclaraciones.

¿Qué impulso último del espíritu, actuando vivamente sobre los sentimientos, obliga a los hombres a despojarse, en un determinado momento, de sus largamente protegidas reservas mentales, para hacer públicas las complejas circunstancias en las que se mueve la vida más personal? La sinceridad, el arrepentimiento, la resignación, la renuncia a los escrúpulos de conciencia, el descargo de las irreverencias, la confesión de lo inconfesable, la revelación de los secretos, la violación de los recintos del olvido. ¿Hasta dónde las memorias debían ser tomadas como la última frontera de la verdad, para liberar al escritor de sus propios fantasmas y completar su libertad de dicción filosófica? Crespo escribe su "Tiempo Contado" sin sujetarse a los tradicionales prerequisites de este modelo literario. Explica sus razones alegando motivos íntimos para convertir los recuerdos "cada vez más tenues" en actualidad espiritual. Cualquier otra respuesta a las preguntas que se hagan "sólo sería parcialmente válida"... añade. Existía, pues, la necesidad de recuperar el pasado, de impedir que el olvido lo sepulte y de completar el derecho a pensar con las ideas acumuladas. Para Crespo escribir

memorias es sobrevivirse a sí mismo. La vida es una experiencia que necesariamente debe transmitirse. Rememorar para ganar el pasado es prolongar el presente, indefinidamente. La decisión que lo llevó a escribir sobre su pasado personal es sustancial al propósito de alcanzar una presencia constante. "Es como poner atajo al olvido", porque lo que se "olvida es como si no hubiera existido nunca". (T. C., p. 129). Y, Crespo no quiere que su vida se pierda en la nada. Quiere salvar siquiera parte de lo que para él es "el principal motivo de su vida".

Este supremo valor, el "escrito", es todo para él. Lo dice con la mayor fuerza. "Los hechos que componen este escrito forman la totalidad de mi existencia". La valoración de la vida, ejemplarmente vivida, persigue a Crespo con la vanidad de hacer real la perdurabilidad de las esperanzas que sostiene. "Relato y existencia", llegó a decir en este sentido, "acaban por confundirse".

EN BOLIVIA NO SE ESCRIBEN MEMORIAS.

En los días que se vive sería difícil que alguien quisiera ponerse a escribir sus memorias. Los que podrían hacerlo prefieren llevarse al infierno sus secretos. ¿Para qué escribir sobre vacíos históricos, los hechos bochornosos y la existencia apócrifa? ¿Para qué recordar el pasado si a cada momento se tropieza con perversiones, villanías y mendacidades?

Alcides Arguedas cuenta cómo, estando de Secretario en la Embajada boliviana de París por los años 20, veía a Ismael Montes destruir la correspondencia que llegaba a la oficina. Algún otro escritor —Gustavo Adolfo Otero— cuenta que sacaba de los tachos de papeles de los ministerios, los textos documentales destruidos, para recomponerlos. Es conocido que los ministros salientes se llevaban toda la documentación de sus despachos, no dejando nada para conocimiento del próximo en llegar. ¿Qué podían haber escrito, por caso, los que perdieron la guerra del Chaco? Ningún presidente boliviano del siglo XX dejó escrita su memoria. Ismael Montes estuvo dos veces en el gobierno, totalizando nueve años de presidente, en ambos períodos, ¿acaso dejó escrito algo, con excepción de sus mensajes presidenciales preparados con los informes que se enviaban por los ministerios a Palacio? Víctor Paz Estenssoro, cuatro veces presidente, ofreció escribir sus memorias una vez, pero en las siguientes preguntas tuvo evasivas y en la última, dijo que su archivo se había perdido en un incendio. Con esta noticia quedó negada toda posibilidad de que se supiera algún día acerca de los misterios y secretos que tuvo su larga dominación del país. Hernán Siles Suazo gobernó a Bolivia en dos períodos de cuatro años y, que alguien sepa, nadie conoció siquiera su intención de escribir sus memorias, no obstante de disponer de tiempo y documentos, en sus últimos años de vida en el Uruguay. Sería ocioso pedirle a Juan Lechín que escribiera algo de su vida como Secretario Ejecutivo de la Central Obrera Boliviana, diputado, senador, embajador, ministro, vice-precedente y co-gobernante político de la república con el MNR. No se dejan memorias escritas cuando no se puede, cuando no se quiere o cuando se está impedido por la ética histórica, razones de Estado o impedimento físico. ¿Quién puede escribir memorias contra sí mismo, para contar sinrazones, fracasos, ruindades? No habiendo nada concienzudo que referir no se puede comentar vacíos históricos. En el juicio de Crespo Rodas las memorias son la "defensa contra la nada" que es la muerte. Si en Bolivia no existen memorias escritas es porque no hay nada que decir; porque los que debieran hacerlo, prefieren quedarse en la "nada" que refiere Crespo; perderse en el silencio y el polvo de las cosas.

LA OBSESIÓN DE LA MUERTE.

Hay un argumento más en los orígenes de "Tiempo Contado": la obsesión de la muerte. No sólo que vivimos para morir, ley que se cumple sin necesidad de luchar contra ella. También vivimos para no desaparecer como espíritu. Para Crespo hay una sólo excepción para escapar de la nada, vencer a la muerte física y derrotar al olvido. Para conseguirlo dejar "contado" el tiempo vivido; pensar para escribir sobre el tiempo que se ha vivido es equivalente a dejar testimonio eterno de lo padecido, sufrido, trascendido.

Para entrar en las nacientes de este propósito, tenaz en él, recuerda que entre 1981 y 1984 —llegado a la edad de 64 años— inició con este objeto, escribir sus memorias, leyendo a J. P. Sartre, J. B. Vico, J. J. Rousseau, André Malraux, Paul Mauriac, Pablo Neruda y otros más, en las memorias que éstos habían publicado. Los investiga, acuciosamente, en las características de sus motivaciones, sus desarrollos filosóficos, sus preocupaciones, sus

observaciones sobre las cosas, la flagrancia de su crítica, su benevolencia. En las páginas ásperas o lozanas de aquellos escritos, encontró un mundo de riquezas acumuladas en su tiempo, teorías sobre los hechos pasados, humanización de lo cotidiano, reconocimiento de las pasiones, etc.

Crespo supo curar sus propias dolencias sin renegar por eso de la maldad ajena, manifiesta en la irredención quedada. Tiene sus constantes en el corazón su rencor al fascismo, su encono contra el régimen que lo persiguió y desterró por años; su condena del atraso nacional, social, espiritual. Estas constantes requieren de la necesidad de desahogo, una suerte de auto-purificación para el dolor pasado; el agua bendecida para lavar una deuda que no ha sido cumplida.

Para publicar sus memorias, Crespo confía en la eficacia de las palabras, en la fuerza moral de las ideas autogeneradas y la rectitud de las sanas convicciones. Está convencido que un libro puede lapidar una época; destruir el daño causado por una anormalidad política; cree que el escritor puede construir su faro para iluminar las conciencias, orientando la constante navegación de la historia. Esta convicción en el poder de la conciencia para desvanecer del presente los oscuros pasajes por los que ronda el azar y el destino, lo llevaron a contar en un libro, lo que le ha pasado en gran parte de su vida. Más, no todo lo que sucede como trayectoria del destino es solemnemente histórico. Existe también la fragua de simples episodios enredados que no dejan ver el camino o lo dejan ver demasiado, como un enredo que no deja actuar al pensamiento para cambiar. Separar lo esencial, de lo puramente casual, no es fácil cuando la juguetona ingenuidad del azar pretende sustituir al torbellino del andar dialéctico de las cosas con lo fortuito. La obsesión de la muerte fue en él, la fuerza que le hizo publicar sus memorias. El cáncer lo persiguió infructuosamente, por años.

¿QUE SE DEBE RETENER EN LAS MEMORIAS?

Pregunta Crespo: "¿De una vida, qué es lo que vale retener?". El azar no está en uno. Aparece en la vida como una constante en el juego constante, abierto y sin disfraces. "¿Qué habré sido de mi vida si me hubiera sucedido esto o aquello?". Surge así la cadena de suposiciones aventuradas. "¿Yo mismo habría sido distinto? Sería diferente si no formaba parte de una pandilla de chicos en San Pedro, si no se complicaba la vida con una ideología política, si una mañana una hermosa muchacha no abría la puerta de mi biblioteca, sino entraba en el Archivo de Sevilla o no me encontraba con el hombre venido de Esmeralda y Corrientes y con quién un día en Lima"... , etc. (T. C., p. 137) y así sucesivamente, cuestionando los episodios de la vida con el azar. ¿Qué aventurado enredo de escenas, sin enhebración lógica, es éste, con el que se quiere llegar a la racionalidad histórica de la vida? Crespo confiaba demasiado en las eventualidades para situarse en el exigente camino del historiador.

EL AZAR Y SUS CIRCUNSTANCIAS.

Observador infatigable de las cosas que no precisan o precisan, de muchas explicaciones, para comprenderlas, Crespo Rodas empieza su tarea laboriosa de contar su tiempo vivido, preguntándose por el porqué de su decisión de escribir sus memorias. Buen punto de partida es, ciertamente, saber qué objeto tiene el contar. Como ya lo tuvo advertido no pocas veces, necesitaba luchar contra la obsesión de la muerte que le perseguía para hacer pública su vida, porque tenía necesidad de hablar de muchas cosas; pero, más que todo esto, atestiguar acerca de los problemas insepultos a los que asistió en su tiempo como protagonista. Estamos, así, ante la necesidad de preguntar al historiador acerca de un pasado que vive callado en su conciencia y necesita hacerse público.

Crespo escribió, en todo tiempo, sobre temas diferentes unos de otros: vicuñas y vascongados, los negros de Yungas, la mita de Potosí, la vida cotidiana de la ciudad de La Paz durante la guerra de la independencia, la historia de La Paz, siglo XVIII, los Alemanes en Bolivia, Tiempo Contado y Bolivianos en el Exilio, su última obra, son una relación de continuidad entre éstos. Sobre esta observación que alguien parece que se la hizo, respondió anotando que la historia no sólo se ocupa de lo que sucede en el Palacio de Gobierno o en los cuarteles. Es también historia de los más diversos aspectos de la vida social. En sus libros no existe búsqueda de la ley del movimiento histórico, tampoco regularidades del proceso que investiga; responde a las cuestiones que surgen de sus temas que elige.

Su mérito, en la enseñanza universitaria de la historia, reclamada en términos exclusivos, es haber introducido el estudio del documento. el manejo de archivos y el aprendizaje experimentado. Esta tenía que ser la única posibilidad abierta para poner fin a la repetición de argumentos, al memorismo de fórmulas vulgarizadas o a un intelectualismo vacuo.

Además, Crespo no cree que hayan leyes históricas y hasta es un decidido creyente del papel que cumplen los hechos fortuitos, las situaciones excepcionales, la concurrencia del azar en las condiciones extraordinarias y las situaciones imprevistas.

EL AZAR EN LA VIDA DE CRESPO.

Las reiteradas invocaciones al azar como substancia de la urdimbre de la historia, están motivadas, inequívocamente, por los temores que Crespo soportó en sus años de exilio. El azar está más cerca de la expatriación, con todas sus sorpresas, que de una convicción filosófica casualista. El azar, como expresión de la suerte inmersa entre los hechos históricos, está establecido ya en el debate teórico como para someterlo a nuevas discusiones. Cuánto importa, sin embargo, remitir las cosas a esta creencia que no está certificada por la ciencia. Si a cada paso el exilio crea situaciones imprevistas, fortuitas o sorpresivas, con resultados creíbles, tiene que surgir la sospecha de que detrás de ellas, hay alguna manifestación providencial. La revelación de lo insólito se alza, entonces, como algo más fuerte que la propia convicción en la inevitabilidad con la que se mueven las fuerzas de la dialéctica. Como sucede con la historia, ha dicho Crespo, el azar guía el destino de los hombres. Azar y destino, no obstante ser conceptos opuestos, adquieren en la visión mística, situaciones confusas. Sería trágico que el azar encarrile al destino. Admitirlo sería renegar de la lógica de la historia. Lo que ocurre es que el azar no puede ser fenómeno continuado. El azar es coincidencia externa producida entre dos cosas con desarrollo interno diferentes. El azar es siempre casualidad, no puede contener dudica entre dos cosas con desarrollo interno, diferen- generalizaciones o regularidades; no puede devenir en regla. Crespo tiene al azar por amuleto circunstancial que produce casi siempre un resultado favorable. Tiene dicho al respecto: "Talvez porque pienso que el desarrollo de la historia obedece a hechos fortuitos creo que uno conoce que puede amar a una mujer... simplemente por casualidad". (T. C., p. 113).

Relacionado con esta observación de la vida, cree que "uno desconoce las verdaderas motivaciones de muchos de sus propósitos y actos, sin contar que una infinidad de ellos fueron puramente gratuitos". Azar y destino, sin embargo, son conceptos que se contraponen. Lo uno excluye a lo otro completamente, en la explicación científica, pero en la vida cotidiana el azar parece alfombrar el pensamiento de los individuos. En algún momento Crespo pensó que el azar guió los pasos que dio en la vida. "En Sevilla se produjo el gran vuelco de mi vida", cuenta en sus memorias. Allí, por curiosidad —¿ la otra cara del azar?— fui a visitar el Archivo General de Indias. Recuerda que conversó con su director y éste le enseñó los catálogos de la Audiencia de Charcas, "Inmediatamente me di cuenta que allí me esperaba una tarea", ¿Entró al Archivo por azar? No veía una causa lógica. "Trabajé cerca de dos años en el Archivo"... Había entrado como curioso y salía como investigador. Lo inesperado fue la "guerra" entre los vicuñas y vascongados, que publica después.

La autonomía reconocida a la universidad boliviana por referéndum nacional celebrado en 1930 sirvió para evitar, en el futuro, las ingerencias políticas del gobierno en el trabajo de ésta, pero no para crear una nueva universidad asentada en la modernización. Ella siguió siendo atrasada en el contexto latinoamericano; siguió funcionando sobre el trípode clásico institucional: Derecho, Medicina e Ingeniería. En el caso de Derecho, casi la totalidad de la Facultad de Economía siguió girando sobre materias de derecho. No existían, por otra parte, carreras de sociología, antropología, psicología, historia, pedagogía. Faltaban profesores especializados para estas carreras. Toda la universidad se encontraba en manos de un círculo cerrado de intereses que dentro de la universidad se conocía como "rosca", "masonería", "oficialismo".

LA OBRA DE CRESPO EN LA UNIVERSIDAD.

En 1967, 13 años después, con los cambios producidos con la llamada "revolución universitaria" de 1954, se abrió el camino de su modernización académica. Fueron creadas nuevas cátedras y carreras, entre éstas, la de historia. En ésta, Alberto Crespo Rodas fue su primer profesor boliviano de historia, graduado en una universidad, la de San Marcos de Lima. Un año después, enseñaba ya en la UMSA, Paleografía e Historiografía. La importancia que le dio a este cambio lo destaca en "Tiempo Contado" en estos términos: "Era un nuevo campo que se abría delante de mí,... era el marco en el cual podía ubicarme. Era la sola opción y, al mismo tiempo, la que más me gustaba". (T. C., p. 209).

Este fue un tirón de ovillo en su vida universitaria; aquí desarrolló sus actividades como docente de la carrera de historia, como creador del Archivo de La Paz, que tuvo tantas incidencias y la publicación de "La Vida Cotidiana" en la ciudad de La Paz durante la guerra de la independencia" (1976) y la complementación del Archivo con los registros parroquiales de la Iglesia de San Agustín y la bibliografía.

En el balance que hace, tiempo después, acerca de su trabajo, sacó esta satisfactoria conclusión: "Participé y contribuí de alguna manera al fortalecimiento de una corriente histórica boliviana, documentar los estudios universitarios y estudiar el pasado con documentos". Destaca también, como otra contribución suya, la enseñanza empírica de la historia: "No he descuidado ninguna oportunidad para incitar a los alumnos a seguir el difícil camino que conduce a las fuentes" (T. C., p. 217). No menciona, en esta parte, otro acontecimiento de importancia, como introducir la escuela histórica de París con M. Bloch, Lucien Fabvre y otros historiadores. Habla de hacer de los archivos el laboratorio del trabajo histórico. Investigar en los documentos mismos que no era todavía interpretarlos. Crespo Rodas iba aquí, más allá de las limitaciones positivistas de conformarse con describir los hechos. Llegaba a la explicación y la rebasaba, con la interpretación. Me doy cuenta, tiene dicho, "que no soy imparcial, que no podría serlo", en otros trabajos de investigación. De lejos se ve que los hechos que hacen el curso de la historia no estaban aislados sino enhebrados, ocupando un lugar éstos, como elementos de un todo, siendo únicos, independientes y propios, formando, al mismo tiempo, parte de versiones historiográficamente múltiples, dependientes, derivadas.

Para desarrollar las cuestiones de la historia no era suficiente circunscribirse a la enseñanza en el aula. Había que trasladar su estudio a un espacio externo nacional. Reunió, entonces, historiadores en torno de esta idea y en 1972 fue creada la Sociedad Boliviana de Historiadores. Sus primeras tareas fueron asumidas y cumplidas, en conferencias. Se publicó la revista "Historia y Cultura", la primera especializada que se publicaba en Bolivia; se convocó a reuniones nacionales en Potosí en 1975, la primera; en Cochabamba, la siguiente, en La Paz en 1976, en Santa Cruz y Chiquitos la cuarta; en 1978 en Oruro. Con este trabajo continuado la Sociedad comprometía la participación de historiadores extranjeros a quienes se los nombró "Socios correspondientes". La visión, el estilo y la concepción de este programa fue obra de Alberto Crespo Rodas y sus colaboradores.

SÉPTIMA PARTE

LOS LIBROS DE CRESPO Y LO QUE PIENSA DE ELLOS

- La guerra entre vicuñas y vascongados.
- El Corregimiento de La Paz, 1548 y 1600.
- De la vida cotidiana a la cotidianidad de la historia.
- Los negros en Bolivia.
- El vacío de la revolución nacional en Tiempo Contado.
- Los exiliados bolivianos del siglo XIX.
- Lo que Crespo piensa de sus libros.

Acudiré a presentarme ante el soberano juez con este libro en la mano y diré... He aquí lo que he hecho, lo que he pensado. lo que he sido.

J. J. ROUSSEAU
"Mis Confesiones"

"LA GUERRA ENTRE VICUÑAS Y VASCONGADOS".

Con este primer libro Crespo Rodas salió de la impaciencia de verse historiador. Este trabajo, por ser el primero, ocupa un lugar especial en su actividad de investigador, desde que salió de Sevilla con un paquete de documentos copiados, dispuesto a ponerse a trabajar. Su premura en acabar este libro parece motivada: supo que también Gunnar Mendoza estaba ocupado en el mismo tema. Sin embargo, publicado el libro, desapareció el primer entusiasmo y su autor arremetió contra algunos aspectos observados a este trabajo. Estos eran sus justificativos para volver a la crítica de este libro: "Adolece de todas las deficiencias de una obra escrita". Más que crítica ésta se parecía a una devoradora autocrítica. Pero, lo que el autor no veía en "Tiempo Contado", pudo ser vista por otros, como versión sujeta a debate. Aquí, había que diferenciar dos cosas. Más que los miramientos contra el libro, el proceso mismo de su elaboración. Crespo Rodas se muestra interesado en hablar de su metodología de trabajo, sus correcciones y autocorrecciones, sus dificultades y sus fastidios, todo esto, disculpándose con el "verdadero placer de escribir" de esta manera en la detección de sus errores. Haberle llamado "guerra" a las rivalidades que tenían los vicuñas y los vascongados, no le satisfacía. Pudo decirse de ella —con Gunnar Mendoza— que era mas bien una "guerrilla", pero tampoco mostraba su conformidad. Finalmente, decidió mantener el título, tal cual había aparecido en la primera edición. La decisión de reimprimir el libro, manteniendo el título original, le parecía lo más conveniente y satisfactorio. Y así fue. "En el destierro he escrito —decía con cierto orgullo— dos libros y obtuve un título universitario". Aquí estuvo el elogio para su discutida "guerra". Este trabajo fue su vindicta sobre el penoso exilio. Haber resurgido de entre los riesgos de un largo extrañamiento era una razón para no sentirse aplastado por sus enemigos. En efecto, Crespo Rodas no se sintió perdido, se hizo historiador en el ostracismo, estudió y publicó libros, abrigaba esperanzas y se abría paso entre las dificultades. Había conseguido sobreponerse al infortunio y situarse por encima de sus perseguidores. La tonalidad ética de estas raíces acumuladas venía de sus lejanos recuerdos de "El Paraíso"; de los "Amigos de la Cultura" de San Pedro; de la soledad de la mina de estaño de Laramcota; del orgullo y la tenacidad visto en sus padres, de su identificación con la izquierda, las persecuciones sufridas, los confinamientos que tuvo que resistir, su largo destierro final. Había sangre corriendo por las venas en una humanidad paceña hecha para sostenerse por sí misma.

¿Qué era "la guerra entre vicuñas y vascongados", sino ésto que se acaba de recapitular, aquél "plato de comida llevado a la prisión" dicho en gratitud a la madre, y el consuelo de mirarse historiador?

La gran fuerza de este libro consistió en haber repuesto a su autor, desde la angustia de la expatriación, al rol de escritor de los acontecimientos de su patria. Crespo confesó estar de parte de los "vicuñas"; recalcó que no podía ser imparcial. Se sintió, por primera vez, obrero de su propia causa. Esto significó este libro.

EL CORREGIMIENTO DE LA PAZ: 1548 -1600.

El trabajo histórico en Bolivia, muy atrasado en sus desarrollos teóricos, recursos metodológicos e interpretaciones científicas, hasta muy recientemente, sólo ha podido moverse con Crespo Rodas en la universidad de La Paz y algo, en la de Sucre y Cochabamba, Quien puso empeño en darle nuevos giros a la investigación fue Gunnar Mendoza en Sucre, en la parte específica de la elaboración de la investigación histórica: el estudio de las fuentes documentales. Pero, Mendoza no hizo trabajo universitario, lo que limitó sus propósitos.

Una breve relación del empeño puesto por Crespo puede verse en "El Corregimiento de La Paz, 1548-1600" publicado en 1972, El insistente énfasis puesto en este libro, para hacer ver la necesidad de entrar en el exámen de los archivos, el manejo de documentos y estudio de

fuentes, tuvo características señaladas ahora. Merituando las páginas frescas que tiene este libro, su autor sostiene que ellas responden al uso de los "viejos manuscritos y el anaquél de los archivos donde yacían desde hacía siglos y cuya vigencia estaba confinada al ámbito amarillento y melancólico del papel antiguo". Informa en este propósito, que el soporte documental del libro procede del Archivo General de Sevilla. La insistente referencia a documentos y archivos obedece al hecho de que no se podía seguir escribiendo historia en Bolivia sobre glosas, conjeturas, comentarios. etc., tomados de otros libros, origen funesto de las repeticiones y del estancamiento historiográfico.

Es interesante constatar en este trabajo, cómo Alberto Crespo que se iniciaba en esta modalidad de trabajo universitario, acudía a juicios científicos para respaldar su posición ideológica. La ocasión era imprescindible —se trata de una tesis de grado— para sostener una posición sólida. Federico Engels es convocado con una cita tomada de "El Anti-Düring" en la que se marcan las condiciones de toda construcción de la historia: "Mientras no se reúna una cierta cantidad de materiales, naturales e históricos, no puede acometerse el examen crítico, la composición...". Los "materiales, naturales e históricos" referidos por Engels, cierran el paso a todo subjetivismo que cree que la historia es sólo trabajo intelectual basado exclusivamente en ideas, y advierte que hay necesidad también de elementos "naturales" relacionados con los "históricos".

Crespo Rodas, exprime de la cita del "Anti-Düring", la certeza de su propósito: "Parece pues, irrefutable —anota— que en Bolivia las tareas historiográficas requieren con prioridad una labor árdua en el seno de los archivos y repositorios documentales frente al manuscrito de primera mano". (El Corregimiento de La Paz, p. 14). Este tipo de "materiales" son creados en parte, por la actividad del hombre en los procesos reales de la historia. Pero, hay otro tipo de "materiales" que son los que se dan sin que intervenga el hombre, pero que están asociados a su praxis social. Esta última parte es la que más se olvida en el trabajo por los historiados. Sin relacionar los "materiales", tanto reunidos en las bibliotecas como intuídos en los hechos, la historia caería inevitablemente en el idealismo. Así como no se debe identificar, documento con historia, es obvio que los hechos referidos no tienen que ser necesariamente históricos y no naturales. El que elabora la obra histórica en medio de estos materiales, es el historiador; a él le corresponde organizar el pensamiento histórico. En resumen, trabajar al "pie del anaquél" supone llevar hasta aquí una carga teórica para el manejo de los documentos depositados en el mueble. Esta aclaración es indispensable para que se vea que el documento es "materia prima", no materia elaborada; que el archivo depende del historiador, como agente activo de la investigación, con capacidad de interpretación del material que utiliza, y no a la inversa, haciendo del historiador la materia prima del archivo. En apoyo de sus propuestas, Crespo Rodas trae también a su lado, a Hegel, cuyo razonamiento tiene una gran fuerza teórica, a la inversa de Engels, esta vez, idealista. La cita de Hegel es la siguiente: "La auténtica faena histórica no consiste en descubrir y establecer meramente los hechos y las acciones de los hombres, sino los pensamientos que habían detrás de los hechos". (Obra cit., p. 15). Hegel separa aquí los "hechos", tomados como hechos naturales, de las "acciones de los hombres" vistos como historia; pero, añade algo que lo cambia todo, cuando se refiere a: "los pensamientos que habían de lo hechos". Dentro de este trascendentalismo histórico, la idea están el pensamiento, Dios, detrás de todas las cosas. la ciencia histórica no admite este teologismo sino el automovimiento histórico de los mismos hechos y en los procesos macrohistóricos, de la sociedad humana y de la formación del hombre, con desarrollos propios en los mismos hechos. Esta es la posición de Crespo Rodas cuando comentando a Hegel afirma: "Para llegar a conocer los pensamientos, primero hay que conocer los hechos a través de los cuales aquellos se expresan y manifiestan". Ilustra muy bien esta concepción con este principio: "No puede haber una filosofía de la historia si antes no hay una historia". (Obra cit., p. 15). El juicio sería decisivo, si con éste no se busca menoscabar la filosofía. El marxismo completa estos avances de la historia científica con la dialéctica que la enriquece en ambas calidades: como historia escrita, concepción teórica de la materialidad de la historia real. El desdoblamiento del historiador, como sujeto que investiga, tiene situaciones variables, Incontables, como historiador perteneciente a una época, a una sociedad dada, una clase, un grupo, un status, una ideología, etc., dando origen a interpretaciones que son genéricamente versiones. La historia, en medio de la cual vive el historiador, tampoco es permanente, fija, igual a sí misma; ella también cambia, en su base, en su estructura, en sus superestructuras, sociales, políticas, económicas, culturales, las que, interactúan entre sí, constantemente.

Definirse como "historiador de archivo", como lo hizo Crespo Rodas en 1972, amengua la calidad teórica del historiador. Comprendemos que no ha querido definirse limitativamente, sino insistir solamente, en la importancia que tiene el archivo para elaborar libros. Al final, el

archivo no es un oráculo. De él pueden salir, con el nombre de historia, pensamientos antihistóricos. El historiador está siempre, por esta razón, por encima del material que utiliza, lo que no quiere decir que puede prescindir de las fuentes documentales cuando las hay. Esto es lo que se ve en "El Corregimiento de La Paz", un libro que articula en la investigación, no sólo ideas, tampoco solamente documentos, sino ambos, para dar materialidad a las ideas y penetrar de espíritu a los documentos.

DE LA VIDA COTIDIANA A LA COTIDIANIDAD DE LA HISTORIA.

La necesidad de frenar la providencialidad de la historia ha creado muchas corrientes de pensamiento. Entre éstas se encuentra el concepto de "vida cotidiana", El idealismo ha convertido a la historia en crónica de los héroes, una historia sagrada de las grandes personalidades. Historiar la vida cotidiana quiere ser su antípoda. Este modelo es el que ha querido ser introducido en Bolivia con el libro colectivo que dirigió Alberto Crespo Rodas y la participación de tres jóvenes estudiantes de la Carrera de Historia de la Universidad de La Paz: René Arze Aguirre, Florencia B. de Romero y Mary Money. En los días en que se organizaba el Archivo de La Paz, el equipo que manejaba los documentos, resolvía escribir, como ya se dijo antes, por Crespo Rodas, "al pie del anaqué".

En la "Presentación" que se hace del texto se destaca esta advertencia: "El proceso que en estas páginas se describe nos muestra una realidad social vista desde dentro de la misma". Los redactores ofrecen su trabajo como un "material de incuestionable valor sociológico para la reconstrucción del pasado"...

Finalmente, se habla también de un "tipo nuevo de literatura histórica", con antecedentes en Ferdinand Braudel, Lucien Febvre, Agnès Heller y citas de Hegel y Ranke.

La fundamentación teórica está en relación con lo que se ve escrito en el libro. Lo que se quiere es, no entrar en el clásico desenlace de las historias con grandes protagonistas, con pérdida de toda riqueza histórica situada en lo cotidiano. Lo que puede y debe entrar en discusión aquí no es el deseo de recoger para la historia los menudos y domésticos procesos de la vida corriente, sin olvidar que éstos no escapan a las grandes leyes de la historia, a sus ciclos, a sus estructuras fundamentales. En otras palabras, lo cotidiano no puede independizarse de lo general, como quiere Hegel, a quién se menciona, en este juicio que parece aislado de su teoría general: "En la aglomeración de los mundanos sucesos de nada vale un principio general". Lo cotidiano es lo marginal, lo absolutamente dependiente, el relleno de lo esencial. Al hacer historia de la "vida cotidiana" no se debe perder de vista aquél principio lógico de que lo secundario sigue a lo principal.

Existe algo de esta visión de lo cotidiano cuando se prescribe que "su objetivo es proporcionarnos un panorama no de los hechos que generalmente está acostumbrado a presentar nuestra historia, sino el fondo general, social y económico sobre el cual se desarrollan los sucesos políticos, militares o gubernamentales ". Aquí se presenta el intento de separar los hechos notorios de los no advertidos. Habría quizás que invertir la cuestión: unir a los hechos principales los elementos cotidianos que concurren a los sucesos políticos, económicos, etc. La garantía de estructuración que tiene la cotidianidad, como lo propone Braudel, es aceptable. Los rasgos que tiene, como la espontaneidad, probabilidad, ultrageneralización, imitación, etc., que aporta Agnès Heller, contribuyen a comprender la epísteme de lo cotidiano, pero no la funcionalidad de lo cotidiano que es también funcionalidad histórica.

La afirmación de que sólo hay historia cuando existen documentos no corresponde a la verdad. Existen hechos históricos que no están respaldados, necesariamente, con documentos. Por esta razón cuando se afirma que "la presente investigación, se refiere a la vida cotidiana... ha estado condicionada por los documentos disponibles", la formulación no completa. Los hechos de la vida cotidiana son los que menos documentación guardaba en los anaqueles porque se refieren al "lento fluir del tiempo", que es un concepto, a la presencia de lo "trivial", un hecho casi oculto, etc" que sólo el historiador puede establecer mediante el proceso de las abstracciones, comparaciones, generalizaciones, etc., y no empíricamente.

Aceptar la proposición de Leopoldo von Ranke en el sentido de que "la historia comienza allí donde los documentos empiezan a hacerse inteligibles", significaría limitar los

alcances de la ciencia al nivel elemental de la lectura de documentos. Se cita, asimismo, a Lucien Febvre, aceptando el concepto de que la "historia termina donde comienzan a faltar elementos"... Esta sujeción irrestricta a los papeles, en el modo absoluto en que se lo hace, recorta los alcances de los hechos "naturales" e "históricos" de que hablan Engels, Hegel y los historiadores que se han citado. Febvre lo tiene dicho: "por elementos se entienden desde un manuscrito hasta un paisaje o una teja" ¿Qué clase de documento es una teja?

LOS NEGROS EN BOLIVIA.

Este trabajo constituye una buena evidencia de que se puede construir la historia muy por encima de los documentos, aunque el libro registra, no se lo puede negar, una impresionante cantidad de papeles de archivos consultados, colecciones documentales, periódicos y otros materiales.

Toda la inmensa documentación de carácter legal, que España dictó para la administración de la villa colonial de Potosí, ésta debió ser la fuente primaria de la historia de la minería de la plata en el cerro rico. ¿Se cumplían, en los hechos, estas disposiciones documentales, para ser tomadas como legítima "materia prima" de la verdad histórica? Sabemos ahora que esa legislación no se cumplía siempre, o no se aplicaba sino en parte o finalmente, era sólo papel mojado. La vida como histórica era otra: crueldad, explotación, represiones públicas y secretas, hambre y miseria, genocidio de los mitayos, modos de vida bestializados y castigos mortales en los "cubiles" de la dominación colonial. Son éstos los hechos históricos reales, no escritos, los que revelaban la historia real de Potosí. Al estar con Ranke, la historia verdadera tiene que documentarse. ¿Qué historia es aquella que toma por verdad estricta, la versión de un documento oficial y niega la vigencia material de un sistema de vida social basada en la hipocrecía, el encubrimiento, la secreta consumación de arbitrariedades y el disfrazamiento de las cosas? Historia es lo que hace el historiador con todos los elementos de la investigación, escritos o no, no lo que sale de cualquier papel de archivo. El documento no es, por sí mismo, la verdad plena. Al documento es al que más se debe investigar.

El origen de los "Esclavos Negros en Bolivia" ha sido revelado por Crespo Rodas con sujeción estricta a datos escritos. Por los años 75, cuenta, "andaba ocupado en una investigación sobre el tema (de los negros) que después publiqué en libro con el título "Esclavos Negros en Bolivia". Lo más lejano de su interés se encontraba en una novela de Pierre Loti, "Novela de un Spahí" que había leído —según lo refiere— cuando estaba por los 20 años. La novela trataba de la vida de los negros en el Senegal. Su viaje a este país africano en enero de 1975 avivó este interés hasta culminarlo. Para tratarse de la investigación de una cuestión casi rara, este es un libro bastante bien elaborado, con precisa documentación histórica.

Esta monografía es hoy casi una curiosidad histórica. Los negros no están extinguidos totalmente, pero su presencia en la estructura de la nación está en relación a su historia más lejana y a la actual. La esclavitud en Bolivia tiene relación directa con la trata que se hizo con ellos. Pero, ella no pudo sobrevivir a las causas de su aminoramiento en los centros de producción como fuerza productiva.

EL VACÍO DE LA "REVOLUCIÓN NACIONAL" EN "TIEMPO CONTADO".

Después de abandonar Roma, viaja a Ginebra a medio año del 52; Crespo buscó aquí un lugar donde vivir con su familia y se marchó a París. "Durante cuatro años permanecí en Europa"... , anota en su "diario" improvisado que empieza a llenar. Los doce años siguientes los vivirá en Lima, lugar de espera para su retorno a Bolivia en 1968.

El tiempo que vivió fuera del país no está contado en sus memorias. Es un episodio aparte separado de la historia de Bolivia. Su desinterés por la "revolución nacional" es parte de su olvido de la política boliviana de estos años. En las breves referencias que tiene escritas hay juicios contundentes de esta voluntad de no mirar el pasado. "Eludí a los compatriotas", dice en uno de sus apuntes. "Será porque me aburre mortalmente oír hablar tanto a los bolivianos de política que detesto el tema y rehuyo tocarlo". Esta decisión de no tocar la realidad boliviana nos ha privado de conocer lo que Europa pensaba de Bolivia. Ya en Lima, crece esta repulsión

hacia las noticias de la Bolivia nacionalista. Vive su "estacionamiento" en Lima, como de una necesaria espera, pero sin interés por seguir lo que pasaba en el país.

Esta decisión de voluntario aislamiento parece responder a una reacción de exiliado dolido por lo que sucedía en Bolivia, lo que no justificaba llegar hasta la extrema censura impuesta a sí mismo. En sus memorias nada hay de la nacionalización de las minas, la reforma agraria, el código de la educación y otras medidas con repercusión internacional. Una fosa de olvido se abrió entre la "revolución" y el exiliado, la historia nacional y la nación deshistorizada. Cuando un historiador se cierra a un acontecimiento como lo hizo Crespo Rodas, quién pierde no es sólo el escritor sino también la nación, por privación de estudio, sea agradable o bochornosa la historia. Con sólo haber seguido el pensamiento de la prensa europea sobre la situación interna de la república habríamos tenido en Bolivia, a estas horas, la crónica de un pensador boliviano en Europa recogida de la prensa internacional. La prensa boliviana ha transcrito algunas de estas noticias en sus páginas de información internacional con gran utilidad. En los periódicos de Roma se decía, con respecto a la nacionalización de minas, que ella obedecía a los intereses dominantes de los EE. UU. ¿Se ha dicho algo de esto entre nosotros? Los libros bolivianos sobre la "revolución nacional" carecen, generalmente, de una adecuada información de fuentes. Cuánto faltó que Crespo Rodas captara el pulso político europeo ante la nacionalización de la gran minería, fenómeno político y financiero, sin duda alguna, de trascendencia mundial en esos años.

Su negativa a tratar la cuestión boliviana en su secuencia, se expresa en frases como éstas: "Si en este tiempo alguna vez nos llegaba la noticia de Bolivia era para hacernos desistir de cualquier propósito de regreso. Las persecuciones y la violencia estaban allá en su punto... caían sobre personas que nunca habían tenido nada que hacer con la política y yo, innegablemente, tenía mi filiación, aunque el partido hubiera desaparecido". (T. C., p. 150).

"LOS EXILIADOS BOLIVIANOS".

Este es el último libro que tiene publicado Crespo Rodas. En él se ve algo que está sacado de su propia concepción de los intelectuales en la actividad política. Lo que plantea aquí, es el caso suyo, particular, pero también un juicio general.

"Ya se ha dicho que los intelectuales son, por lo general, quienes llevan la peor parte en los avatares de la política, se sostiene en este libro. A veces, por una amarga ironía, se adhieren a una causa llevados por una sincera convicción ideológica, en al cual no cree el propio caudillo. Sin embargo, escriben en su elogio, defienden la validez de sus actos, redactan sus manifiestos" o llegan a fundar periódicos para apoyar al régimen; son los columnistas que sostienen polémicas encendidas con los adversarios. Como son personalidades salientes, están en la mira de los enemigos y cuando cae el gobierno que han defendido, son presas de la persecución y la represalia". (Obra citada, p. 321).

En todo caso, de lo que aquí se trata es de los intelectuales "puros", no de intelectuales políticos, que son los que encabezan movimientos políticos proponiendo acciones concretas y resueltas. Esta obra se aproxima a ser una dura antología del infortunio político en el siglo XX boliviano. Un anecdotario sentido de la tragedia sufrida a niveles de gobierno y la militancia política, librada entre los cuarteles rebeldes y la fragilidad de la legalidad sostenido desde el palacio de gobierno por los civiles, baleándose siempre ambos en lugar de llevar las diferencias a la discusión.

Una historia sin estructura, ni funcionalidad lógica, no puede sostenerse a sí misma por falta de base. Por esta razón hay que preguntarse: ¿Ha sido el siglo XIX sólo un enfrentamiento continuo de legalistas —Sucre, Frías, Linares, Baptista— con militares desorbitados y arbitrarios —Morales, Melgarejo, Daza— disputándose el poder?

¿Fue el proceso de formación de la república un combate interminable de caudillos terratenientes o sostenidos por éstos, aferrándose al control del palacio de gobierno en contra de los mineros de la plata y sus ideólogos que buscaban crear el capitalismo minero?

¿Cómo hay que llamar a los oscuros conjurados antibolivianos que dispararon contra Sucre y lo expulsaron de Bolivia en complicidad con los dictadores del Perú?

¿Se debería seguir considerando nacionalista a la dictadura crucista que acabó con la República de Bolivia y por decreto la suplantó con el Estado Boliviano ficticio adherido a la Protectoría de la Confederación Perú-Boliviana que no era más que una política de absorción de Bolivia por un Perú militarizado y dictatorial enfrentado a Bolivia con los enemigos de Sucre, Mariscal Agustín Gamarra, General Ramón Castilla, General Santiago Salaverry y otros?

¿Qué es lo que existía detrás de los exiliados y los exiliadores que prepararon al país para hundirlo bajo la invasión del Litoral y el enclaustramiento chileno de 1879?

¿La aventura caótica y perversa del olañetismo, crucismo, melgarejismo y todas las tentativas destructivas de la anti-nación, necesitan para su estudio, de soportes económicos, sociológicos e históricos, para confrontarlo con el institucionalismo de Sucre, el populismo de Belzu y los industriales de la minería, José Avelino Aramayo, Aniceto Arce, Gregorio Pacheco, Tomás Frías? Hay exiliados y exiliadores en ambas partes luchando sin cuartel sobre las mismas estructuras que sostenían la república.

¿No representa la tesis de los "exiliados bolivianos del siglo XIX", una recaída en el neoarguedismo, limpiado esta vez de su cubierta de angustias y demandas morales contra los protagonistas conocidos de la destrucción de Bolivia en este siglo?

¿Dónde estaba la presencia del pueblo grande en esta larga pesadilla que viven los caudillos de la patria chica?

¿Qué es lo que hay que buscar entre los soldados que hieren a Sucre o empujan a los ejércitos bolivianos que marchan al Perú para apoyar al General Luis Orbegoso, presidente del Perú?

¿Cuál es el sentido de estas muchedumbres uniformadas participando en los asuntos políticos de Estado en contra de la existencia de la antípoda histórica de los exiliados bolivianos en París, Florencia o Londres? Hay una expresión historicista cautivante en Crespo Rodas cuando comentando las cartas y manifiestos escritos por Linares, en defensa de su gobierno ya caído, y ante la inutilidad de todos sus argumentos, remite su destino final a esta última gracia: "Ya no le quedaba sino la historia".

Y, el consuelo de la historia, cuando ésta había perdido el sentido de su racionalidad y sólo había quedado de ella como evidencia, la ruina real de las cosas, ya no constituía ningún recurso de alivio nacional.

Cuando en 1875 el pueblo insurreccionado incendió el Palacio de Gobierno de La Paz, proponiéndose con esta resolución, quemar el pasado palaciego de los despotismos instalados en él, todo pareció arder en su entorno, quedar en ceniza lo que había en su interior, pero la dictadura subsistió.

Estamos en espera de una segunda parte de este libro, su autor lo viene preparando.

LO QUE PIENSA CRESPO DE SUS LIBROS.

Hay que anotar aquí una previa observación. Cuando Crespo recuerda los libros leídos en la adolescencia y la juventud: Hamsun, Amiel, Proust, Malraux y otros, se le hacen presente en él, siempre, ideas dulcificadas y emocionalmente intensas. Nada de esto se ve, extrañamente, cuando trata de sus propios libros y de las circunstancias de su trabajo. Ninguna expresión de satisfacción, ningún gesto de aprobación, le acompañan. Ocurre, en estos casos, como si los hubiera publicado sin contar con su plena satisfacción, como ocurre en el caso de los Vicuñas y Vascongados, cuya "guerra" le arranca frases de desaprobación. Otro tanto ocurre con "El Corregimiento de La Paz", su tesis de grado, y con "Historia de la ciudad de La Paz" libros de los que habla sin mostrar mayor interés; otro tanto ocurre con "Los Negros en Bolivia" o "La Vida Cotidiana en la ciudad de La Paz durante la guerra de la independencia". De la obra ajena, en cambio, lo menos que puede decir es: "Mi vida ha sido dominada por alguna obsesión literaria". (T. C., p. 253). Del "Diario Intimo": "Estuve cautivo de él"; de Proust: "Me acompañó toda la vida"; de Sartre: "Aún lo recuerdo hoy día". Sus lecturas de Malraux,

Faulkner, Camus, Hemingway, están siempre acompañadas de alguna palabra intimista, estimativa; de la obra propia poca, casi nada.

En la relectura de "La guerra entre Vicuña y Vascongados, 1622-1625", afirma que no obstante de los cuidados puestos, adolece de todas las deficiencias de una obra escrita, nada menos que en la cabina de un barco, en menos de dos meses y sin ninguna bibliografía a disposición. (T. C., p. 161). En México, empero, siguió corrigiéndola, durante seis meses. Pasó, después, por una segunda corrección con rigurosas revisiones; luego, volvía a sacar una copia más, la tercera, haciendo las modificaciones que se le ocurría. De este trabajo de correcciones dijo que era su "verdadero placer". De México pasó a Lima, con el trabajo pulido en las manos. En Lima, publicó al fin, 200 ejemplares con un préstamo bancario. Sólo así pudo decir: "Así llegó la emoción del primer libro", según el comentario que hizo. Declaró, además, que no era imparcial y que sus preferencias estaban por los vicuñas. "El Corregimiento de La Paz, 1548-1600", es una tesis de grado para optar su licenciatura en Letras. La leyó en la universidad de San Marcos de Lima. No tiene ninguna presentación.

"La Historia de la ciudad de La Paz. Siglo XVII" fue publicado en Lima sin introducción ni preámbulo.

De "La vida cotidiana en La Paz durante la guerra de la Independencia" se dijo que fue la "reconstrucción" de una etapa del pasado de esta ciudad elaborada con los materiales del Archivo de La Paz que estaba en su poder. Añade que en lugar de personajes se buscó el ambiente de la época a través de los "precios de los alimentos, la vestimenta, los entretenimientos útiles, prohibidos, las instancias administrativas, las tradiciones, etc."

En este libro se hace, por primera vez, una justificación motivada de los objetivos perseguidos. "Lo acostumbrado, el hábito, lo cotidiano, poseen una fuerte autenticidad". (T. C., p. 213) ellos "constituyen una forma estructural de vida... de una colectividad entera".

Esta modalidad es parecida a una sociología de la historia por tratarse de una "costumbre social con vigencia intemporal"... "que excede a un período determinado, que es imposible fijar cuándo nace y cuándo muere". (T. C., p. 213).

El objetivo es ambicioso pero poco lograble porque sustituye la estructura económica, política, jurídica, por una de carácter social que no es la estructura social que postula la sociología sino una historia social de fuentes antropológicas, etnográficas y fuentes informales de investigación. Se incurre en algunas inexactitudes como la de afirmar que "lo cotidiano evade la periodificación en la historia, porque pasa a través de las fronteras de una época a otra". Sin embargo sin periodificar no existiría estructuración de la historia, y el pasado se perdería en una continuidad no articulada. La historia es un proceso de instancias articuladas y lo cotidiano está tan subordinado a la periodicidad como la historia política o social. "Escribir una historia de lo cotidiano es reparar, se dice, en hechos inadvertidos o desdeñados". La historia de lo cotidiano, sería una simple reconstrucción de lo marginal-histórico, si no se lo vincula a una estructura. La historia de lo cotidiano, como toda historia, debe usar una metodología propia, un objeto definido, fines propios y, en consecuencia, de los requisitos de todo conocimiento científico.

En "Tiempo Contado" no se hacen referencias a otros libros, entre éstos, a "La mita de Potosí", "Los Alemanes en Bolivia" y otras disertaciones y ponencias presentadas en conferencias.

Lo que caracteriza, de un modo general, a la producción de Crespo Rodas, no es solamente la dispersión de temas sino también, su ausencia de organicidad histórica en las cuestiones que trata. Capta capítulos de la historia o fasetas de la vida y los desarrolla. Trabaja con acuciosidad, es cuidadoso de su estilo y atento a la buena prosa. Es en la interpretación donde se encuentra su mayor escollo. Prefiere atenerse a los documentos, escuchar sus testificaciones, mirar sus luces, palpar su piel histórica a polemizar, debatir, controvertir, darle sentido a los problemas que maneja, conceptos, generalizaciones, abstracciones, categorías. Su "Tiempo Contado" es la mayor evidencia de este temperamento intelectual puesto sobre la observación de los archivos. Las mismas cuestiones tratadas, por otra parte, no le permitieron incursionar en la dialéctica histórica, como era de esperar.

PARTE OCTAVA

UNA OBRA QUE AUN NO HA CONCLUIDO

- Toda la vida resumida en un solo libro.
- Lo que se espera del nuevo período.

Los hechos que componen este escrito forman la totalidad de mi existencia. Relato y existencia acaban por confundirse.

ALBERTO CRESPO RODAS
"Tiempo Contado" 1986

TODA LA VIDA RESUMIDA EN UN LIBRO.

La vida nunca ha dejado de incitar a los hombres a gestar su propio destino. Quienes rehuyen cumplir sus designios son los que invocan al azar como ley de las circunstancias. Es en el juego del destino y sus azares donde se sortean los caminos —amplios o estrechos— que hay que seguir.

Alberto Crespo Rodas que acaba de cumplir 80 años de vida ha visto pasar su destino a través del juego de azares que ha rondado por su existencia. En su vida surcada por sueños, contrariedades y éxitos, se ve hasta tres fases bien definidas.

La primera, de 1917 a 1952, de formación literaria y de pleno activismo político en la izquierda boliviana. La segunda, de 1952 a 1968, de difícil retiro de su vida pública en un exilio que empezó siendo voluntario y terminó en la expatriación. La tercera, de 1968 al presente, perteneciente a sus actividades universitarias y de investigación de la historia.

En su largo viaje por los caminos de la vida, la primera mitad del siglo fue la peor. La república pasó por sucesivas y enormes catástrofes: el enclaustramiento marítimo y fluvial, la primera. La dictadura financiera de la gran minería patinista después. El desmoronamiento político de la derecha tradicional que marca la decadencia del Estado nacional. La segunda mitad de siglo empieza en 1952, extendiéndose hasta el presente. La dependencia estatal, extrema, precipitada por el movimientismo primero y después por el neoliberalismo, profundizan el empequeñecimiento del Estado a través de las formas nacionalistas más diversas que concurren a este resultado a lo largo de un mezclado proceso contradictorio.

A la primera fase de formación ideológica de Crespo Rodas concurren varias subfases. Una de éstas, su iniciación literaria con Knut Hamsun, Enrique Federico Amiel, Franz Kafka, Charles Baudelaire, Artur Rimbaud, Estefano Mallarmé, Marcel Proust y otros, en un curso escabroso. Le sigue en importancia, su incorporación al Centro de Amigos de la Cultura y su ingreso subsiguiente al Partido de la Izquierda Revolucionaria; sus lecturas marxistas de José Antonio Arze y Ricardo Anaya, así como sus estudios de Marx, Lénin, Trotsky y otros, complementando, en grande, este período.

La segunda fase transcurre en Europa, entre Suiza, Italia, Austria, Francia, Inglaterra y España y concluye en la América Latina, después de un breve recorrido por Cuba y México, radicándose en Lima, Perú. Sus lecturas de este período prosiguen con Jean Paul Sartre, André Malraux, Ernest Hemingway, Faulkner, Albert Camus, entre otros. Su actividad política, suprimida durante esta expatriación, cae al más bajo nivel personal. Sin vínculos con el PIR, ya destruído, quedó sustraído a toda militancia, aunque afirma que mantenía sus principios. Este aislamiento con la política boliviana se agudizó con las actividades que tuvo que desarrollar para no zozobrar económicamente. Poco o casi nada es lo que sabe de él, en estos años. Se instaló después en Lima para estar más cerca de Bolivia. Aquí resuelve estudiar Letras en la Universidad de San Marcos, gradúandose en historia después de exitosos estudios.

La tercera fase tiene lugar en Bolivia a partir de 1986, después que se introdujo en Bolivia la política neoliberal implantada con el decreto 21060. Aquí fenece el programa histórico

que venía desde 1952 y se inicia el gran viraje contra la “revolución nacional”, oponiendo, a la nacionalización de las minas, el neoliberalismo minero que se hace presente con la caída vertical de los precios de los minerales en el mercado, paso aprovechado para cerrar las minas y entregarlas a las empresas extranjeras.

Crespo Rodas se mantuvo ahora fuera de la política. Obtiene una cátedra —Bibliografía y Paleografía— en la Carrera de Historia de la Universidad Mayor de La Paz, Es designado Director de la Biblioteca Universitaria, Funda la Sociedad Boliviana de Historia y crea el Archivo de La Paz. Publica varios libros, siendo los últimos "Tiempo Contado" y "Los exiliados bolivianos". Declara que en los libros que tiene publicados se encuentra encerrada toda su existencia.

Lo que distingue a su personalidad en estos años es su capacidad de resistencia a la destrucción de su vida a la que es expuesto con el largo exilio y su aptitud para reintegrarse al ritmo boliviano de vida. Crespo Rodas —austero, empeñoso y persistente— no sucumbió a sus adversarios como otros. Reinició en La Paz su vida a través de su trabajo en la investigación de la historia, de sus nexos con los historiadores bolivianos y sus contactos con investigadores extranjeros. Se impuso a los traumas de la proscripción y abrió los espacios que necesitaba para salir adelante en los objetivos que tenía trazados fuera del país. Empezó a trabajar con modestia, paciencia y sencillez, fundamentos morales con los que recobró sus impulsos creativos.

LO QUE SE ESPERA DEL NUEVO PERIODO.

A los 80 años de vida bien celebrados por la comunidad de los escritores, Crespo Rodas podría repetir lo que Iliá Ehreburg dijo en las memorias de su vida, agitada, intensa, atormentada, pero triunfante: "Durante ciertos períodos el destino de un hombre, más que a una partida de ajedrez que se juega siguiendo todas las reglas, se parece a una lotería". ("Hombres, Años, Vidas". I. Ehrebug, Editorial Mateu, Barcelona, 1964). Crespo podría substituir la lotería por el azar, palabra que asoma a sus labios cuantas veces puede hacerlo.

Hoy, Crespo Rodas se encuentra en pie. Acaba de publicar "Los Exiliados Bolivianos (Siglo XIX)", en diciembre de 1997. Vuelve con este libro al espíritu de su padre Luis S. Crespo, autor de "Episodios Históricos de Bolivia", ingresando al relato de la historia a través de los exiliados bolivianos del siglo pasado y concluyendo, previsiblemente, en estos días, la segunda parte de su "Tiempo Contado", ya que su salud, talento y inquietud, se lo permiten.

Los sueños visionarios que en su juventud alimentó con sostenido fervor no están extinguidos hoy, Los exiliados bolivianos del siglo XIX, anecdotario de las causas defendidas y las reyertas perdidas que llenan este siglo, trae al presente, las rudas, grotescas y fantasmales contiendas que la nación tuvo que sostener para seguir siendo nación. Es tarea del historiador mostrar la cara oculta de la historia a las perplejidades del presente y también al terror que despierta todo futuro incierto. Esto es lo que no pone en duda Crespo Rodas en la contada aventura de los exiliados de ayer.

BIBLIOGRAFÍA

- Albarracín Millán, Juan (1996).- Las minas nunca fueron del Estado: esta es la causa de la decadencia boliviana". Última Hora. Semana. 8-V-97.
- Anaya, Ricardo.- "Declaración de Principios del PIR". 2da. Ed. La Paz, 1943.
- Andreiev, Leónidas (1949).- los siete horcados. Ediciones Renovación, Buenos Aires.
- Andreiev, Leónidas (s/f).- El Diario de Satanás. Biblioteca las grandes obras. Buenos Aires.
- Amiel, Enrique Federico (s/f).- Diario Intimo. Editora TOR. Buenos Aires.
- Arze, José Antonio (1939).- Introducción Sociológica al Programa y Estatuto del PIR en "Hacia la Unidad de la Izquierda en Bolivia", Santiago, 1938.
- Anze Matienzo, Eduardo (1935).- El martirio de un civilizado. Editora TOR. Buenos Aires.
- Arguedas, Alcides.- "Obras completas". Edit. Aguilar, Madrid. 1962.
- Botelho Gosálvez, Raúl (1967).- Borrachera Verde, la Paz, Bolivia. Ediciones Isla.
- Baudelalre, Carlos (1948.- las Flores del Mal. Editorial Calomino, La Plata.
- Crespo Rodas, Alberto (1956).- La guerra entre Vicuñas y Vascongados. Lima, Perú. Tipografía Peruana S. A.
- El Corregimiento de La Paz. La Paz, Bolivia. Librería Editorial "Juventud", 1972.
 - Historia de la ciudad de La Paz. Siglo XVII. Lima, Perú, 1961.
 - Vida Cotidiana en la ciudad de La Paz durante la guerra de la independencia. La Paz. UMSA. Editorial Universitaria, 1975.
 - Los esclavos negros en Bolivia. Academia Nacional de Ciencias. La Paz, 1977.
 - Tiempo Contado. La Paz, Bolivia. Librería Editorial "Juventud", 1989.

-Los exiliados bolivianos (Siglo XIX). La Paz, Bolivia. Antropos, Grupo Editorial. 1997.

Cerruto, Oscar.- Cerco de Penumbas. La Paz, Bolivia. Empresa Industrial Gráfica E. Burillo, s/f.

-Aluvión de Fuego. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1935.

Ehremburgo, Elia.- Hombres, Años, Vidas. Editorial Mateu, España. 1964.

Engels, Federico.- "El Anti-Düring". FCE. México, 1972.

Francovich, Guillermo.- El pensamiento boliviano del siglo XX. México. Ediciones "Tierra Firme". 1956.

Flaubert, Gustavo.- Madame Bovary. México. Editorial Grijalbo, 1982.

Frente de Izquierda Boliviana (1939).- Hacia la Unidad de las Izquierdas Bolivianas. Santiago de Chile. Talleres Gutenberg.

Heminway, Ernest.- Por quién doblan las campanas. Edit. Claridad, Buenos Aires, 1958.

Jaimes Freyre, Ricardo.- Castalia Bárbara. La Paz, Bolivia, Tipo- grafía Los Andes, 1918.

Kafka, Franz.- "El Proceso". Buenos Aires, 1976.

Malraux, André.- El tiempo del desprecio. Ediciones Siglo XX, Buenos Aires, 1946.

-La Condición Humana. Santiago de Chile. Editorial Nascimento, 1934.

Marx, Carlos.- El Capital. FCE. México, 1958.

Mariátegui, José Carlos.- "Siete ensayos de la Realidad Peruana". Edic. Perú Libre, 1981.

Mendoza, Gunnar.- Diario de un comandante de la Independencia latinoamericana. S. XXI. México, 1975.

Moreno. Gabriel René.- La Matanza de Yáñez. Potosí. Editorial "Potosí", 1954.

Papini, Giovanni.- GOG. Buenos Aires, Argentina, 1944.

Proust, Marcel.- En busca del tiempo perdido. VII volúmenes. Buenos Aires. Edit. Rueda. 1968.

-Correspondencia con su madre. Cartas inéditas. Edit. Zig Zag, Santiago de Chile, 1956.

Rousseau, Juan Jacobo.- Confesiones. 2 Vols. Editorial Sopena, Buenos Aires, 1947.

Rivera, Eustasio.- La Vorágine. Editorial Lozada S. A. Buenos Aires. 1958.

Sartre, J. Paul.- La Náusea. Editorial Lozada S. A. Bs. Aires. -El Ser y la Nada. Edit. Lozada, 1979.

-Crítica de la razón dialéctica. Edit. Lozada. Buenos Aires, 1985.

Trotsky, León.- Mi Vida. México. 1968.

Villegas, Alberto de.- La Campana de Plata. Interpretación Mística de Potosí. La Paz, Bolivia. Edit. Renacimiento, 1925.

Verlaine, Paul.- Los Poetas Malditos. Ediciones Mundo Latino, Madrid. 1936.

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz - Bolivia

[Inicio](#)